

LOS ZOMBIS NO SABEN LEER

INVIERNO 2009

ÍNDICE

Editorial	p. 2
Pride Mountain	p. 3
Los zombis no saben leer	p. 5
El Desenmascarador	p. 9
Seremos 8 mil millones en 2030	p. 10
La mano enterrada	p. 16
Los hijos de la libertad	p. 17
Joe y la muerte de Joe, que vino sobre ruedas	p. 19
La juglaresa	p. 21
13 malas historias	p. 25
Pride Mountain (II)	p. 27
La suerte de la sangre	p. 31
My own hard boiled	p. 32
Put a vida	p. 34
4000 muertos	p. 36
Se puede perder	p. 38
Seremos 8 mil millones en 2030 (continuación)	p. 41
Tenia valor sentimental	p. 47
Los zombis no saben leer Vol. 2	p. 49
Pride Mountain (III)	p. 53

LOS ZOMBIS NO SABEN LEER

Ninguna parte de esta obra, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo de los titulares del copyright, exceptuando el uso personal y no comercial, de acuerdo con el derecho legal de copia privada.

© Félix Royo: Los hijos de la libertad; Los zombis no saben leer; Puta vida / © Jesús L. Mankiewicz: 4000 muertos; Joe y la muerte de Joe, que vino sobre ruedas; My own hard boiled; Tenía valor sentimental / © Jorge Mulero: El Desenmascarador / © Juan Ángel Laguna: 13 malas historias; La mano enterrada / © Julián Echolls: La juglaresa; La suerte de la sangre; Se puede perder / © Manuel Mije: Pride Mountain / © Autor en el anonimato: Seremos 8 mil millones en 2030. © Cristina García (ilustraciones).

E-mail: revistapulp@gmail.com
Web: www.revistapulp.com

DISEÑO DE CUBIERTA
Félix Royo.

ILUSTRACIONES
Cristina García.

HOSTING
J.L. Mankiewicz.
Julián Echolls.

EDITOR
J.L. Mankiewicz.

ISSN: 1989-7219

Edición única.
diciembre de 2009.
Elaborado en España.

EDITORIAL

Qué aburrido el mundo, ¿eh, amigo? Qué puta mierda. Las cosas son demasiado REALES, están demasiado descarnadas, ¿no te parece? Bueno, yo tengo esa sensación HABITUALMENTE. Hasta tener la sensación de que la vida sea rutinaria es una puta rutina. La verdad es que estoy hasta los huevos de todo. Es por eso que escribo pulp. Es mi manera de cagarme en la puta, una de ellas. De eso salen mis relatos más buenos. Si tú que me lees escribes además de leer, y lo haces de verdad, con el estómago, a vómitos, sabrás a lo que me refiero. Si no, solamente pasa de este par de frases, el texto sigue y tiene que convencerte de que te leas esta revista, incluso de que la sigas. Porque en el fondo estás tan jodido como yo, o bueno, nosotros que hacemos esto, que lo hacemos también por ti, para que no te sientas tan solo o incomprendido. No te tomes esto como un ataque. No te estoy llamando raro o asocial. En realidad es muy sano sentirse a veces solo o incomprendido, te demuestra que no eres estúpido. También lo es admitir que convives con ciertos monstruos que están radicados en ti mismo, en el seno de tu propia alma, en su teta. Fíjate en nosotros, lo hacemos. Escribimos esto con su sangre, que es mierda, pero mierda de nuestra producción, mierda más nuestra que nuestra, de nuestras propias venas, y lo pasamos bien liberándonos hasta la mismísima consecuencia. Tómalo como una sangría a tu favor, como un rayo de esperanza para deslobotomizarte de todo lo que el mundo en su aburrimiento te quita, el valor de ser y de aceptar lo que significa eso, las agallas para pensar lo que surge de tu alma (dejemos al cerebro fuera de esto); un rayo como de alquitrán directo a tus ojos para que dejen de estar ciegos, aunque sea un rato, aunque sólo sirva para que seas humano un rato.

Lo pasarás bien mientras dure.

PRIDE MOUNTAIN

Una mañana cualquiera, fría, con ráfagas de viento persiguiéndose unas a otras por la pradera. Recién amanece, y el olor del café borboteando en el cazo me da los buenos días. Mi mustang, suelto como alma libre que es, rebusca entre los matojos resecos unas cuantas hojas verdes con las que santificar la mañana.

–Buenos días, que no te lo había dicho antes. –Él me mira, entiende, y con un relincho gozoso me responde. Patea el suelo, le llama el camino. A mí también.

Café solo y sin azúcar, ¿cómo si no iba a ser en medio de la nada? Tres tragos hirvientes empujando dos trozos de tocino salado. Morral cerrado, silla lista, alforjas dispuestas, un surtidor de muerte a la diestra y otro a la siniestra. Faldas de nácar llevan las niñas de mis ojos; Colt Navy, un arma para una guerra.

Del horizonte aún penden unas hebras de noche cuando me hago una vez más al camino. A paso calmo, sin prisas, sin pausas, voy robando millas a la pradera en busca de una persona. En una bala escribí su nombre, en otra su apellido, dos más son una promesa, y otras ocho son trozos de rabia que pondré de mi parte. Sea una muesca más en mi vida, una muesca profunda.

Mediando el día, con un sol enrabiado que esparce fuego por toda la llanura, unas cuantas casuchas parchean el horizonte. Atolladero, un lugar para los que quieren ser olvidados. Como mi socio Lake Edrose: salteador de bancos, cuatrero, asesino a sueldo... Sin duda un tipo en quien confiar.

Entro al pueblo entre ventanas que se cierran, mujeres que arrancan a sus niños de las calles, silencio de muerte y miradas furtivas entre los resquicios. Al final de la calle hay una casa más grande que las demás, un encalado blanco rematado por un techo de paja. A la derecha unas pequeñas caballerizas, y en ellas un tordo de poderosos cuartos traseros, una silla de cuero negro y, como si las viera, una L y una E grabadas a fuego.

Sitúo a mi montura junto a su conocido, y lanzo un par de monedas al chico de rostro sucio y ojos asustados que aparece con un cepillo en la mano.

–Se llama Bruno, y no le gusta que lo aten.

–Sí, señor –responde con un hilillo de voz.

La casa de Santiago es un agujero suficientemente acogedor: tiene un tequila al que se puede sobrevivir, una olla de frijoles siempre calientes, queso de cabra, pan rancio, y unos cuantos catres llenos de chinches. Tras las cortinas que cierran la entrada se apretujan unas cuantas mesas que no son primas ni hermanas ni se parecen en nada; entre ellas se distribuye un mísero atajo de clientes, dejando un remedo de barra a la derecha tras el que el orondo Santiago se atusa el mostacho y el pelo grasiento, una puerta que da al patio trasero y los cuartos de alquiler, y otra detrás de la barra, a través de la cual se escucha a Sancha, la mujer de Santiago, pelearse con las cucarachas y las ratas para que no se coman lo que cocina.

Al fondo, sentado tras una mesa baja sobre la que se apoya una botella empañada y un vaso sucio y medio lleno, un tipo de brazos delgados, pelo castaño y crespo, cubierto con poncho oscuro y sombrero mejicano caído a la espalda, trata de dar vida a medio veguero reseco. Me mira, me ve, me enseña su sonrisa lobuna, y señala con gestos un asiento junto a la mesa que debe considerar idóneo para mi trasero.

–Bienvenido, señor Slim –me saluda el tabernero.

-Qué tal, Santiago -respondo mientras me dirijo hacia la mesa de mi amigo.
-Pos aquí *peñando* la vida, como siempre. ¿Trae hambre del camino?
-Como siempre.
-¿Sancha, están ya esos frijoles? -grita.
-¡Ya va, ya va! -se escucha a su mujer desde la cocina.

Me siento junto a mi socio. Santiago nos acerca dos cuencos rebosando frijoles y chile como para reventar a un caballo, un par de hogazas de pan duro, otra botella de tequila y un vaso más, para mí.

-¿Va a pasar la noche con nosotros, don Jack? ¿La misma habitación de siempre?

-Sí.

-Muy bien. Que aproveche, señores.

Una vez a solas, entre cucharadas de chili que queman y tragos de tequila que arden, mi socio termina por soltar la lengua y hacerme la pregunta con la que siempre comienzan nuestros asuntos en común.

-¿De quién se trata esta vez? -me espeta sin mirarme.

-Un tipo -le escondo la presa.

-Me lo imaginaba. ¿Tiene nombre? -me sigue el juego.

-Sí, como todos, pero eso no importa.

-Quizá. ¿Un pez gordo?

-Como un bisonte. Con unos cuantos amigos.

-Como todos -sonríe de nuevo-. ¿Y a cuánto se cobra la pieza?

-A diez mil dólares. -Lake se queda inmóvil, con la cuchara a un palmo del ralo bigotillo que le cubre el labio superior y sus pequeños ojillos oscuros clavados en la nada.

-Entiendo -dice por fin, y después continúa con sus frijoles.

Unas cuantas botellas de tequila después, ya caído el telón de la noche, solos en el local, mi socio y yo tratamos de mantenernos sobre la silla un segundo más que el de enfrente; el juego de siempre.

-¡Mientes... perro! -dice Lake al aire situado un palmo a mi derecha.

-Cierra tu sucio pico. No sabes de lo que hablas... -contesto no sé a qué.

-Que no...

Mi socio cae a la izquierda, yo, segundos después, al lado contrario.

Santiago se apresura a llevar a sus borrachos huéspedes al catre.

-¡Perro! -oigo balbucear a Lake. Después la oscuridad...

La mañana siguiente trae resaca. Despierto sobre el mismo jergón lleno de bultos duros que siempre me da los buenos días en la casa de Santiago. Salgo del cuarto tambaleándome, al patio. En el centro hay un tosco pozo de barro, una cuerda y un cubo atado a su extremo. El baño de agua helada me arranca el sueño pero me deja el dolor de cabeza puesto. Cuando entro en la taberna, Lake ya está equilibrando el pulso con un par de tragos; le acompaño.

-¿A dónde esta vez? -me pregunta sin mirarme.

-Castle Rock.

-Espero que no haya ningún problema.

-Bueno, confías en mí, ¿no?

-Por supuesto. Y el día que me traiciones te meteré una bala en la cabeza.

-Entonces todos de acuerdo.

LOS ZOMBIS NO SABEN LEER

Brotaba entre los dedos, dejando un rastro calcáreo de tierra seca entre las profundas líneas de sus manos, extinguiendo la hoguera que ahora se ahogaba muerta, enterrada, convertida en ceniza fría en mitad de un yermo desértico, a pocos metros de un camino que no sale en los mapas, porque no quieren que nadie sepa de su existencia.

Entre el humo del tubo de escape se aleja una hojalata con ruedas. El coche destartado, como salido del garaje de un cadáver, apenas alcanza los treinta por hora; una silueta desafiante que deja una estela polvorienta frente a un horizonte rojo. Desde dentro se oyen arañar las piedras contra el caucho; esboza una mueca -que pretende ser una sonrisa- al imaginar que los crujidos son en realidad cráneos al romperse bajo las ruedas. Es un sonido sedante, irregular y analgésico, como el del mar tragándose la basura que arrojan desde los puertos. Encerrado en un ataúd metálico por carreteras interestatales como un forajido moderno, protagonista de la más rancia de las novelas pulp, o simplemente fruto de una mente enferma, un hombre con un destino y sin planes para después.

Condenado a no alcanzar nunca el horizonte y siempre con el mismo paisaje, como una historia que se repite una vez tras otra, hasta que instintivamente dejas de escucharla. Lleva una pipa en la guantera por si acaso, calibre doce milímetros, aunque aún no ha tenido la ocasión de utilizarla. «Quizás un poli» pensó cuando la echó cargada pero ni eso, la pasma no ha asomado el hocico. Tal vez debería haber probado puntería con aquel vagabundo de mirada serena y fría, ese que caminaba sin rumbo por el arcén, más sólo que la una.

-Mierda -es lo único que acertó a decir mientras retornaba a la senda, abotargado, entumecido, cansado de tanta chorrada y tanta venganza demorada. A medio camino, no hace más de una semana, entraba en un bar siniestro y grasiento, pedía algo entre dientes, le daba igual el qué, y descubría su rostro cancerígeno entre los teléfonos de putas, en el espejo del meadero; el pelo -del cual es cierto que no iba sobrado- se le desprendía a mechones.

La radio escupió ruido blanco durante unos segundos para irse como vino al bache siguiente. ¿Y si no lograba llegar hasta ellos? ¿y si se habían marchado? No podía evitar considerarse uno más, un nombre en una lista interminable de estafados a los que no se les hace justicia. Si esos hijos de puta han desaparecido y han borrado sus huellas, lo tenía claro: parar en el pueblo más cercano y empezar a volar cabezas; ancianos, mujeres, niños, lo que se pusiera delante.

Un prolongado chirrido de frenos paró el vehículo, exhalando un aire sinuoso antes de detenerse del todo. Se encendió un pitillo -ahora que se acababa su tiempo no iba a dejar de fumar-, se dirigió al maletero y aquello parecía la siniestra estampa de un descuartizador nato: mordazas, tenazas, cuerda, cuchillos y una recortada con munición para dar tralla. Se deshizo de la colilla, giró la rosca y vertió el combustible con cuidado, pensando que aquello se había convertido en un viaje de sólo ida.

El sol aún no corona el cielo y ya se le fríen los huevos; de nada sirve abrir la ventilla si no corre ni un halo de viento, y para tragar polvo -que para todo habrá su momento- mejor cocerse dentro de un microondas. Se mira en el retrovisor de reojo porque se da grima, parece un yonki que revive tras una

sobredosis. Se pasa los dedos por el mentón, por encima de unas cejas que ya no están. Brilla el suelo calcáreo del solar sobre el que aire sinuoso dibuja formas abstractas; a lo lejos el cielo se refleja en éste y se forma un espejismo de lagunas inalcanzables. Un rostro enjuto sigue una senda casi invisible con los ojos entrecerrados.

Voluntario 10112 le llaman, allí no hay nombres, sólo datos, gráficas y números; tres inyecciones, unos análisis y un cheque a la salida. Al principio sí que se notaba: la vitalidad, la adrenalina fluyendo a todo trapo y acelerando el corazón, seguridad, fuerza... pero a los días desaparecen y sólo queda el dinero. Han pasado tres años y ahora piensa que a lo mejor no lo consigue, que le falta el aire y su destino es convertirse en un montón de huesos en mitad de ninguna parte. Poco a poco el coche se va desacelerando hasta parar; entre jadeos y quejidos sus dedos buscan la pistola en la guantera, pero apenas puede doblar el brazo agarrotado. Inclina el cuerpo para caer en el asiento de al lado; ve la pistola, se asfixia y la ve, la cabeza le arde, dibuja una mueca y desfallece.

El doctor Baranowicz no puede atenderte; eso tiene que quedarte claro. Mira... voy a serte franco, no eres el único pero... pero no te preocupes, ven y veremos qué podemos hacer. Ah, y no acudas a la prensa; oficialmente no existimos así que no hay nada que denunciar. Espero que recuerdes dónde estamos, no volveremos a contactar contigo. –No tiene más mensajes.

¿Eran sus recuerdos o tan sólo un sueño? El motor del coche seguía encendido llenándolo todo con su rumor, aunque él no podía oírlo. Todavía desorientado, logró abrir la puerta y arrastrarse penosamente hasta dar con el suelo. No le invadió el frío de las otras noches en el desierto, estaba demasiado confuso para darse cuenta.

En qué momento se había hecho de noche y había empezado a caminar por un camino a oscuras no lo podía recordar; sus piernas andaban solas, torpe y automáticamente hacia su destino, fuera el que fuera. Se dirigía como un sonámbulo que deambula en la oscuridad. Atrás quedan dos fuegos fatuos que se proyectan como espectros distantes, tan lejanos que nadie puede verlos.

Cuando la puerta se desbloquea automáticamente ya está preparado, sale del habitáculo y camina sobre sus pasos; se cruza con el doctor Speakman pero no le devuelve la mirada, entra en el ascensor y sale tres plantas más arriba. Sobre la mesa de su despacho: el mismo café a la misma hora de siempre; está amaneciendo. Cinco balas llenan el aire de impactos metálicos y el suelo de manchas de sangre. Siempre lo mismo, una rutina hacia la perdición.

Dos siluetas transportan una bolsa de la que cuelga un brazo, cuyos dedos ensangrentados se retuercen a poca distancia del suelo: el doctor Saunière pierde la vida por la boca camino del crematorio. Baranowicz termina el café y se encierra en su consulta, bajo la atenta mirada de una cámara de seguridad.

Siente una punzada en el estómago cuando surge entre el humo el olor a carne fresca. Sus incisivos sesgan la yugular y sus uñas se clavan en la cara, como las garras de un animal; el compañero se gira maldiciendo algo ininteligible, forcejea bañado en sangre ajena, cae sobre las llamas, arañan el aire unos gritos desde la carne quemada, disolviéndose entre las cenizas de decenas de víctimas.

Coloca la muestra en la bandeja del microscopio; apunta en el cuaderno: *Compuesto 64C. Sujeto: Doctor Allan Warden [952]. Fase: Avanzada.* Observa el patógeno totalmente integrado en el sistema, el fármaco es ineficaz ante la degeneración. Dos golpes secos sellan el destino del paciente: *Denegado.*

Sus piernas se contorsionan y patalean contra el suelo, asfixiándose contra un cuerpo decrepito, resonando sus botas chirriar por la recepción, hasta cesar el último crujido; aún

convulsivo, le arrebató el cuchillo y lo hundió en sus carnes.

Abre el frigorífico y extrae una muestra del tubo; una gota magenta se desliza por la pipeta, cae sobre el cristal y la centra sobre la platina. Se quita las gafas con las manos temblorosas, mientras una gota de sudor recorre toda su cara hasta precipitarse sobre el cuaderno. *Compuesto 64E2. Sujeto: Doctor Andrzej Baranowicz [954]. Fase: Avanzada.* A través de los oculares contempla horrorizado como la necrosis continúa extendiéndose. *Denegado.*

Un corte rápido bajo la garganta le derrumba contra el espejo del ascensor; mientras baja va dejando un rastro sanguinolento hasta sentarse como un pelele. Se abre la puerta y, entre el bullicio de gruñidos guturales, un cuchillo rasga y tiñe la pared de rojo.

Compuesto 64E3. Sujeto: Enfermera Susan Crawford [955]. Fase: Crítica. Se tensaron todos los músculos de la cara, se dilataron las pupilas y todo su cuerpo se contuvo durante unos segundos que parecieron eternos. Le sobresaltó el estruendo de una alarma, miró la foto de su hija y corrió hacia el frigorífico.

Está rodeado de ellos, putrefactos, desdentados; esos pobres ángeles encerrados por las bestias. Murmullan y bufan encorvados, confusos, hambrientos. Se abre la puerta del ascensor, truenan unos disparos, una nube de sesos se esparce tras los cráneos reventados, camina sobre los cuerpos abatidos, se lanzan sobre ellos, les arrancan la vida a mordiscos.

Succiona la jeringa el compuesto 64E3, se limpia con agua salina la zona y la aguja queda a un centímetro de la vena. Una cabeza se aplasta contra el cristal de seguridad, marcando sus rasgos en una mancha de sangre; salta de la silla y pulsa el botón de contención, que cierra la puerta durante cinco minutos. Al otro lado del cristal unas pupilas enrojecidas le observan, como cuando los lobos rodean a su presa.

Les da la espalda, se apoya en la mesa, mira a su hija, vuelve la foto contra la superficie para que no sea testigo de su suerte; apunta en el cuaderno: *Soy el Doctor Andrzej Baranowicz, culpable de la existencia del H92OD-912, con el que mi equipo y yo hemos envenenado a más de treinta mil pacientes con esta sustancia mutagénica. Pero bajo condiciones... infrahumanas, he conseguido crear el revulsivo 64E3, cuya composición está bajo el resguardo clasificado de WUV. Si alguien encuentra esta carta ruego que nos perdone; oh Dios, qué hemos hecho. Sólo queríamos alcanzar nuevas metas, pero cuando apreciamos las consecuencias ya fue demasiado tarde. Si tan sólo pudiera...*

Arrancó la hoja y rotuló en letras grandes: **PUEDO SALVAROS**. Lo estampó contra el cristal pero sólo le respondieron uñas y dientes. Gritaba mensajes de redención que les devolvería la humanidad, los transformaría de nuevo en los padres que se marcharon de casa, palabras que les iluminarían la senda hacia la salvación; pero a través del cristal no se oía nada, y los zombis no saben leer.

Se abrió la puerta y vio el miedo en los ojos de la bestia, deformándose su cara, absorbido por el horror; clavó el cuchillo en la mesa, atravesándole la mano y seccionándole tres dedos, éste le espetó un alarido mientras la sangre se filtraba por la manga de su bata; le agarró por el pescuezo y se tambaleó cuando algo le perforó el corazón. Rugió de dolor, lanzando al médico contra las estanterías; una mancha rubí rezumó formando un charco pero, al levantarse, se percató de que no provenía de él sino del frigorífico, que había recibido su caída. Mientras la presa huía a gatas hacia el fondo de la sala, arrancó el cuchillo y se lo arrojó contra la espalda. Atraídos por el olor de la sangre y el miedo, los demás entraron a formar parte de la carnicería. Ella no pudo ver cómo su padre era descuartizado ni como una mezcla biliosa le impedía dar una última exhalación, ni tampoco como agarrado al estante de los compuestos químicos, estos se cayeron y reaccionaron, destruyéndolo todo

como pasto de las llamas.

Ángeles bañados en sangre, devorando los restos de las bestias que los tenían encerrados, se paseaban por los pasillos arrastrando brazos o portando cabezas ajenas, ajenos unos de otros. Al salir le deslumbró un valle muerto, caminó hacia el horizonte y se sumió en la luz.

EL DESENMASCARADOR

El relente de aquellas noches propiciaba los actos salacitas del héroe más temido de las noches veraniegas. Lo llamaban “el Desenmascarador” y empezaba a ser una leyenda el poderlo ver por las calles.

Una de la madrugada, las zonas de botelleos o botellones empezaban a molestar a los vecinos por lo masificado, lo antihigiénico y lo inútil (a veces) del asunto. El viejo que no puede dormir. El joven que va por el quinto mini de vodka con naranja y va a mear a las calles colindantes. Pero va de la mano de la última tía a la que se pretende follar fuera como fuera. La tía en cuestión no ha bebido en su vida y no tendrá más de trece años. El joven mea en una esquina elegida al azar pero a la vista del viejo insomne que no dice nada pero que piensa en sus tiempos mozos y en lo perra que es la vida, y que si por él fuera no estaría casado con la insoportable de Maruja. La tía, mientras tanto, entre dos coches expulsa una gran meada que forma un riachuelo que puede ver el anciano, que comienza a estar un poco estupefacto desde su tranquilo balcón.

El joven se sacude la minga mirando a los dos lados como esperando ver a alguien, pero a la única que ve es a la torpe de la chica, que aun habiendo terminado de mear, no se aclara para subirse la falda-cinturón que llevaba como tapaculos-chichis. Y al final, después de unas risas tontas y algunos gritos de perra en celo chabacana, consigue andar unos centímetros con sus sandalias horteras pseudoromanas y más bien de seguidora de Camela.

El joven la agarra con fuerza del culo y le dice algo al oído que el viejo intenta descifrar. Acto seguido, los movimientos lascivos los delataban y usaron la acera como cama del fornicio. Ella encima botando con su gran culo celulítico, estaban jodiendo a pelo como dos conejos sueltos en el campo primaveral.

Y se le hinchó la vena a nuestro anciano. Pasaron unos quince minutos y ellos seguían dale que te dale y en una terraza cercana alguien se tomaba un Sex on the beach por primera vez y le decía a su pareja que qué asco de cóctel y que más vale que el barman le estuviera preparando otra cosa, porque le pensaba demandar por negligencia turística.

Y salió del portal el gran héroe, raudo como un guepardo y muy atento a lo que estaba aconteciendo por allí. Vestido con bóxer con dibujos del Papa Wojtyla, con una camiseta blanca de tirantes típica de un gañán de Pozo Cañada y en la cara, el antifaz que él mismo se había fabricado.

Salió andando sigilosamente hasta la pareja y los sorprendió en los últimos minutos de la jodienda. Ella pegó un grito y dijo: “no me lo puedo creer” y él : “me cago en la puta, me has cortado la corrida, cabronazo”. El héroe, quitándose la máscara, les soltó una jaculatoria cívica y ellos reaccionaron violentamente. A lo que el viejo respondió: “O salís cagando leches o te corto la polla aunque la tengas dentro de tu chica”.

Como habréis de suponer, el orgullo juvenil desencadenó el pintoresco suceso. Y el Desenmascarador cercenó lo que pilló y desapareció entre la humedad de la noche.

Cuentan que todos los jueves, viernes y sábados aparecen restos de órganos genitales humanos por aquellas tierras y muy cerca de allí, en la playa, parejas flotando en el agua, muertas, y la Guardia Civil aún estudia el caso.

SEREMOS 8 MIL MILLONES EN 2030

La tía se puso a cantar “Fever” lo más cachonda que supo. Nos enseñó las bragas, y se pasó el micrófono por entre las piernas. Aquello era un karaoke, y ella, una americana que no estaba mal, rubia, con buen tipo. Quiso poner al público a cien. Cuando acabó, subieron al escenario un montón de tíos, algo así como la representación masculina del aforo del local, a cantar “Too drunk to fuck”. Los gritos del estribillo me hicieron pensar en la pobre chica, que ahora parecía triste, en una esquina, bebiendo una Heineken. Y me hicieron pensar también en que casi todas las formas de ocio están acaparadas por los machos. Es como si el ocio fuera algo exclusivo para nosotros. El skate, el WoW, el street art, los espectáculos deportivos, la lucha libre, las putas, el boxeo, la pornografía, las cartas, el Counter-strike, la lucha femenina sobre el barro, el Warhammer, los streapteases. La diversión femenina es un efecto colateral. Todo está concebido por y para los machos. La chica pedía a voces que la follaran, pero los hombres estamos too drunk to fuck. Demasiada oferta de ocio. Tenemos la Playstation 3 en casa, esperándonos. La partida está en “pause”, y antes de acostarnos, tenemos un porro, pelis porno de Internet, y una caja de kleenex.

Por supuesto, esto no es suficiente. Hemos creado un lenguaje, un alfabeto, arte, rituales, pasta de dientes, colchones de agua, armas, drogas sintéticas, helicópteros, discotecas, bibliotecas, cultura, una historia, medicina, viagra... y estamos más jodidos que nunca. El resultado es la depresión. Hemos inventado una vida interior para poder tenerla bien jodida. Un espíritu que vuela para verlo atado. Un alma poderosa para mantenerla encerrada en nuestro cuerpo. El cerebro es una máquina de solucionar problemas. Cuando no tiene problemas, los crea. Necesitamos solucionar problemas, pero ya comemos cada día y dormimos calientes y sin peligros. Esto es insoportable para nuestro cerebro. Y es ahora cuando te haces punk. Es ahora cuando tu cerebro decide que vivir tranquilamente no es viable. Que necesitas algo por lo que luchar. Es ahora cuando te haces ecologista. Cuando te preocupas por los derechos de los animales. Ahora es cuando te interesas por la independencia de tu nación. Tienes comida, casa, ninguna enfermedad. Es ahora cuando reconoces tu homosexualidad. Ahora es cuando te haces anoréxica. Demos gracias al Señor por las enfermedades de nueva generación. Gracias Señor, por la depresión, la bulimia, gracias por las fobias, por las urticarias. Te damos gracias, Señor, por la ludopatía, por la impotencia, por las migrañas. Porque no somos capaces de vivir sin ellas. Gracias por la sensación de fracaso. Por la falta de apetito y por el insomnio. La vida sería insoportable sin todo esto.

El sol me despierta, entrando jugueteón por la ventana. El puto sol que causa el cáncer de piel, ése. Ese sol de la comunidad y de la alegría, el sol de los anuncios de cereales, el de las pequeñas verrugas que se van haciendo más y más grandes hasta que te matan. Alguien dijo que guardamos cada segundo que pasamos al sol en la memoria de nuestra piel. Esto es estupendo. Otra cuenta atrás, la paranoia perfecta. Otro colesterol, otro cáncer de pulmón, otra antena de telefonía móvil. El coche de carreras de fórmula 1 que va directo hacia el muro de ruedas que saltarán al público causando varios muertos más. Hasta aquí, Kimi Raikkonen, señoras y señores.

Huelo a cerveza.

“Por si quieres más: 679249202...Kate”. Kate era la americana del karaoke. Yo no tengo la Playstation 3.

Tengo la extraña cualidad de controlar mis sueños. Se llama onironáutica. Funciona así: yo estoy en un sueño, noto algo extraño, por ejemplo, salgo de mi cuarto y me encuentro en una isla de cielo rosa, entonces sé que no es real, que es un sueño, y puedo controlarlo. Hacer lo que quiera. Al principio me dedicaba a follar. Daba igual lo que fuese. Hombre, mujer, animales... en un sueño todo causa un placer parecido. Y ni que decir tiene que en un sueño puedes dar rienda suelta a las fantasías sexuales más depravadas. No hay árbitros, y nadie sufre. Pero tú sí que disfrutas, de verdad. La única pega es que yo no tengo poluciones nocturnas, y nunca he llegado al orgasmo con estos sueños.

Dejé de hacerlo. Lo de la zoofilia nocturna seminsconciente. Mi madre visitó a un psiquiatra que le dijo que aquello no era nada bueno. El psiquiatra convenció a mi madre y mi madre me convenció a mí. Lo que nunca sabremos ni yo ni mi madre es que el psiquiatra dijo eso porque acababa de discutir con su mujer y además había tomado antidepresivos esa mañana. Sin embargo, “El Psiquiatra” pertenece a esa clase de personas a las que denominamos “especialistas”. “Especialista” significa que su opinión vale más que la tuya. Significa que no puedes poner en duda su diagnóstico. Es fácil identificar a los especialistas en una disciplina concreta. Lo complicado es desenmascarar a los “especialistas” en general. Son personas cuyas opiniones parecen indiscutibles dada la supuesta inmensa diferencia de conocimiento entre ellas y tú. Busca en tu entorno y las encontrarás. En mi caso, es mi padre. Pero para ti, puede ser tu marido, tu abuelo, tu hermano...

Bien, a un especialista se le derrama el café en los pantalones antes de salir a trabajar, y entonces resulta que tu capacidad de controlar tus sueños no vale nada. Sobornan a un juez y entonces te pasas treinta años en la cárcel. Así funcionan muchas cosas, esto no es ninguna sorpresa. De todas formas, como digo, en este caso no supimos que el psiquiatra se acababa de enterar de que su mujer le ponía los cuernos con varios hombres desde hacía mucho tiempo. Una semana después, mi madre pasó por la calle donde vivía el psiquiatra. En la acera y la carretera, había restos de serrín. Mi madre lo vio, pero no pensó nada al respecto, y siguió su camino.

Pero no dejé la onironáutica. Ahora la utilizaba para hablar con Dios. Dios lo sabe todo, así que si tenía respuesta para todas mis preguntas, y yo tenía línea directa con Él a través de mis sueños, ¿por qué desperdiciar la oportunidad? Cuando me daba cuenta de que estaba en un sueño, creaba o buscaba un espejo, y hablaba con Dios. Me dijo que las escuelas de onironáutica tardarían en construirse, y que nunca me correría en sueños.

Tenía que correrme estando despierto. Por eso conocí a Kate.

Los filipinos la tienen pequeña.

Si algo había aprendido después de dos años trabajando en un sex-shop, era eso. En Abril llegaban los barcos cargados de filipinos a Barcelona. Y de los barcos llegaban a la tienda. Todos querían una polla más grande. Y nosotros alimentábamos esa ilusión. Vendíamos de todo: cremas, bombas de vacío, métodos recomendados por médicos especialistas que duraban meses (éstos eran los más caros, sobre los 300 euros, y, por supuesto, igual de inservibles que el resto), lociones, pastillas, sprays... Nada funcionaba. Vendíamos mentiras. Teníamos el escaparate lleno de falacias. Decepción embotellada a precio desorbitado. Se vendía de cojones. Luego, los barcos zarpaban, y cuando se daban cuenta de la realidad, supongo que estaban

demasiado lejos. O quizás pensaban que era problema de cada uno de ellos por separado, no lo sé. Para darte cuenta de algo así, de si el problema es tuyo o el remedio de sex-shop es inocuo, necesitas conexión a internet y aprender lo que es un foro y que hay foros para cualquier cosa que imagines. Para lo cual calculo que se debe de necesitar mucho tiempo libre. Más, seguramente, del que tiene un filipino medio. Así que, de esta forma, el negocio va viento en popa y el dueño puede contratar a personas sin ningún talento en concreto, como yo. O sea, que cada mañana debería alegrarme de que Citibank, Security Bank, Metro Bank y Philippine Saving Bank obstruyan un rápido desarrollo de internet en ese país, y de que tengan que trabajar tanto por un sueldo miserable y así nunca puedan darse cuenta de que aquí los engañamos y yo mantenga mi puesto de trabajo. Debería alegrarme de ello cada día, y mis compañeros, y los que trabajan en las fábricas de condones por extensión. Pero no lo hacen, claro. ¿En qué cabeza va a caber el alegrarse por el sufrimiento y subdesarrollo de otros? ¿Qué tipo de idea es esa? “En Occidente vivimos felices, elimina esos pensamientos.” Lo uso como mantra. “En Occidente vivimos felices, elimina esos pensamientos. En Occidente vivimos felices, elimina esos pensamientos...”

Hay una mujer que viene a la tienda, vieja ya. Le guardo los objetos más absurdos. Ella nunca compraría un vibrador al uso. Carecen de morbo. Todos ellos. Y hay miles de modelos: con mariposas, delfines, o abejas estimuladores del clítoris, con movimiento atrás-adelante, con movimiento rotatorio, de látex, de gelatina, de plástico, de colores, con base de succión para apoyar sobre superficies planas, con mando a distancia, pequeños, enormes, lisos, realistas, con forma de panocha de maíz, con forma de pepino, con forma de puño, con forma de espada... Ella odia todo esto. Como muchas personas, que lo asocian con un lado oscuro de la perversión erótica, pero por una razón completamente opuesta. Ella los ha probado todos. Y ahora sólo se sacia con instrumentos de decoración. Por ejemplo, un cenicero del que sale una polla. La polla es de plástico muy duro, es pequeña y áspera, y, por supuesto, no está pensada para usarse a modo de dildo. “Es perfecta”. Me dice. Gorras de las que sale una polla, botellas de cava de plástico para bromas... “Cariño, esto es genial”. Me cuenta que su excitación nace de la degradación. De la humillación. Se humilla a sí misma con estos objetos. Los vibradores pensados para ser vibradores, son un lujo. Para ella, son tan poco excitantes como para nosotros ver unas largas uñas perfectamente pintadas en una película porno. Como una mamada sin arcadas. Como los esfuerzos de algunas actrices por apartar la boca del inminente disparo de leche. Me imagino la cara de los fabricantes de dildos al escuchar todo esto... “Señoras y señores, cuando estaba todo inventado en la industria del placer femenino...” A la vieja le hubiera encantado. Pero morirá antes de que eso ocurra.

Mis compañeros de trabajo odian a los clientes. Cuando acaban de vender un dvd en el que el protagonista se folla a una gallina, una mula y una oveja, antes de meterse unas anguilas por el culo, suelen soltar algo como “¡qué perverso!” o “cerdo”. Vaya. Se supone que si alguien tiene que comprenderlos deberíamos ser nosotros. Seguro que no los comprenden en casa, ni en el trabajo, ni en la familia... pobres. La hipocresía de mis compañeros me indigna. Está claro que cuando estás solo, con dieciocho tíos queriendo comprar muñecas hinchables, spanish fly, lubricantes anales y “Bukkake videos portray asian blowjobs of gokkun girls performing extreme sex acts and swallowing cumshots” en DVD, lo primero que te viene a la cabeza es plantearte a dónde hemos llegado como especie. Pero, de hecho, esta situación debería ser el orgullo de la madre Naturaleza. ¿Crees que La Naturaleza se alegra al albergar un yogui asceta en su seno? ¿Que se alegra al sentir la

comunidad y el recogimiento de Swami Krishnanada? La Naturaleza siente náuseas con eso. La Naturaleza patatea de asco ante tales comportamientos. Se toma calmantes y se mete en la cama cuando un monje ermitaño siente su alma en plenitud con el mundo. A la Naturaleza se le pone dura cuando ve orgías, cuando ve violadores fuera de las cárceles y cuando el abuelo abusa de la nieta a escondidas y con amenazas. Y cuando ve a mis dieciocho clientes ansiosos de sexo y más sexo, nunca contentos.

Una profunda comprensión de la teoría de Darwin nos lleva a la inevitable conclusión de que somos la generación que más obsesionada está con el sexo de las que ha pisado La Tierra. Todas lo han sido y todas lo serán, siempre que estén vivas. Los sujetos que lograron “abstraerse del vicio” no dejaron descendencia. Los raros casos en los que el individuo no mostró unas acusadas tendencias sexuales, no dejaron un patrimonio genético, ni de comportamiento. Y esto es necesario y maravilloso. Nuestra única misión en la vida es la de follar. Y es maravilloso que haya pervertidos y cerdos. Porque si no los hubiera, si todos cantáramos “Too drunk to fuck”, entonces sí que estaríamos perdidos.

Es curioso, de pequeño, aprendí que gente como Nietzsche y Newton eran los motores de la humanidad. Eso es mentira. Los motores de la humanidad son los albañiles guarros, los viejos verdes y las bailarinas de barra. Los condones que se rompen y los más bajos instintos nocturnos.

Kate me acaba de mandar un mensaje: “¿Quieres tomar algo esta noche?”

Los condones que se rompen, los más bajos instintos nocturnos y las americanas ansiosas de sexo.

Después de aquella, pasamos varias noches juntos. Solíamos vernos un par de veces a la semana. Acabamos de hacerlo. Ella se echa a mi lado en la cama.

“¿Es un tatoo?” –Había visto mi tatuaje de Coca-Cola.

“Sí. ¿Te gusta?”

“Estás de coña. ¿En serio es de verdad?” –Lo toca. “Creí que era una calcamonia.”

“Es de verdad.” –Lo dije, forzando una sonrisa.

“En el pecho... No me gusta. ¿Por qué de Coca-Cola? Qué feo.”

“Entiendo los tatuajes como señas de identidad. Igual que un inglés feo adicto al alcohol se tatúa la bandera de Inglaterra, igual que se escarifican en Burkina Faso, igual que el batería de doble bombo de un grupo heavy se tatúa Eddie the Head en el brazo, por eso llevo tatuado Coca-Cola. Alude a mis raíces. Una marca de refresco. Del capitalismo he nacido. Mi padre es Microsoft, mi madre es la diosa griega de la victoria, y mi patria, Coca-Cola. He podido nacer gracias a Phil Knight y Bill Bowerman, las invasiones de Irak, a las explotaciones de minas de Sudáfrica y a las fábricas para la infancia de India. Taiwán me bautizó y Aceros Usa me bendijo. Digamos que gastas unos 500 euros al año en gasolina. Tenemos demasiado de casi todo. Si uno vive en el lujo, entonces varios viven en la explotación. Es una ley de la naturaleza. Pero tú no quieres estar en ese grupo de explotadores. Seguramente, te gusta, aunque ni lo sepas, que el trabajo de explotar lo hagan otros. Te gusta ser un eslabón tan alejado de la cadena que ya casi ha perdido de vista el otro extremo. Sé que lo sabes, pero dejemos que salga a la superficie. Está en tu cabeza, pero a lo mejor no lo has exteriorizado nunca. Tú pagas la gasolina, porque quieres pasar un día en el campo, respirar aire puro y todo eso. Digamos que gastas unos 500 euros al año en gasolina. La mayor parte de tu dinero, dinero que simplemente materializa tu trabajo, pasa a manos de Chevron-Exxon, por ejemplo. Eres “accionista de segunda” de esta empresa.

Un accionista penoso, que ni recoge beneficios. Pues bien, estos quinientos euros, los dedica el director de la petrolera (junto con algunas otras empresas) a presionar al gobierno de Estados Unidos para entrar en Irak. Tu dinero. Accionista de segunda de la guerra, es tu trabajo por horas. Tú, la gasolinera, la empresa, el director, alguna parte del gobierno de Estados Unidos, un marine que mata. ¡Vaya! Sólo son cinco pasos, seis eslabones. Pero son suficientes para perderse en el horizonte. ¿Te imaginas cómo un chico estadounidense le dice a su padre que no quiere unirse al ejército de su país porque no le pagan mucho ya que han bajado muy ligeramente el sueldo debido a que no han sobornado a un cargo porque la empresa no llegó a obtener el margen de beneficio buscado, por tan poca cantidad como son quinientos euros? Tranquila, sé que nadie te ha hecho nunca una pregunta de cinco líneas, y sé también que cinco oraciones subordinadas se hacen difíciles de entender a la primera. Sin embargo, estás cerca de comprenderlo, te puedes ver como una asesina. O un capo mafioso que da órdenes. O alguien que le paga a éste para hacer su trabajo. La riqueza de los explotadores se basa en el trabajo del “ciudadano honrado” (tú y yo). El hombre y la mujer honrados y civilizados de Occidente somos los que hacemos el trabajo duro para que otros puedan asesinar y explotar impunemente a nuestros “semejantes” en el resto del mundo. Gracias a ti y a mí se puede matar, y quiero agradecerlo en nombre de tantas y tantas empresas que ahora mismo no podrían estar extorsionando, torturando, sobornando, asesinando, robando y mintiendo, si dejáramos de sustentarlas. ¡Gracias, de verdad! Y mi agradecimiento es éste. Mi orgullo, mi amor de madre, es éste. Desde lo más profundo de mí mismo, desde mi corazón, piloto un bombardero estadounidense sobre Kerbala, por poco que me guste, yo no elegí dónde nacer, éstas son mis raíces, y debo estar agradecido. No quiero ser un mal hijo. Amo a mi nación, amo a Coca-Cola.”

Me hubiera gustado decirle eso, me hubiera encantado. Pero no me habría escuchado. Nadie escucha. Aprende una frase de memoria. No importa la frase, lo importante es que no tenga sentido. Por ejemplo, al despedirte, puedes hacerlo con un sonoro “¡que nadie te tema!” O en mitad de una conversación, puedes aconsejar a alguien: “...sopesa por un lado los pros y los contras, y por otro, las cosas buenas...”, o aludir a una estadística de una revista: “...el 90 por ciento de cada diez personas toman café”. Ahora suelta la frase en el momento clave y... ¡habrá pasado desapercibida! Si ahondas en este método, si profundizas, serás capaz de construir historias completas, sin ningún sentido, como ésta: “Operan a mi tío. Se supone que mi tía se tiene que quedar con él en el hospital, pero ayer le dijeron que tenía que quedarse. Yo había quedado con mi primo, y por eso no pudo ir. Ahora mi tía está bien.” Con suerte te preguntarán de qué le operan. Darse cuenta de esto resulta triste, pero volveré al mantra. En Occidente vivimos felices, elimina esos pensamientos. En Occidente vivimos felices, elimina esos pensamientos...

“A mí me gusta.”

En Occidente vivimos felices, elimina pensamientos como el de celebrar la piratería y el robo de ideas originales que permite Internet. Elimina pensamientos como el de agradecer a Ares, Audiogalaxy, Morpheus, Gnutella, Kazaa, eMule, Napster y Soulseek, que los músicos vuelvan a trabajar, por hacer que The Police tengan que subirse otra vez al escenario. Por reinventar el concepto de músico como alguien que trabaja. Los Beatles no hubieran dejado los directos en el 65, si hubiésemos tenido Internet para hacerles trabajar. Kate me ha invitado a ver a Chemicals Brothers la semana que viene. Vivamos felices, y olvidemos eso de agradecer el robo de ideas.

¿Qué interpretación de los sueños se le hace a alguien que controla sus sueños? Las mentiras en forma de libro también se venden de cojones. Para mí, el sueño es el momento más enriquecedor del día. Cuando llego a abrir el sex-shop, hay cola. A las 10 de la mañana, un martes, hay cola para entrar el primero en un sex-shop en Barcelona.

“El lubricante anal lleva dilatador.”

“Entonces me lo llevo.”

“Doce euros. Gracias. ¿Algo más? ¿Condomes, películas?” –El jefe nos obliga a decir esto.

“No, gracias, chico. Pero te voy a contar un chiste.” –No había nadie que fuera a comprar nada, así que yo no tenía prisa. “Esto es un avión de leperos que llega a Londres, y, cuando aterriza, todos los leperos se quedan en el avión, cagados de miedo.” –Me sabía el chiste, no tenía gracia...Wel-come leperos. Preparo la sonrisa falsa para el final. Él sigue. “Ninguno quiere bajar. La azafata pregunta: ¿pero qué pasa, por qué no bajan? Y dice uno de los leperos: Es que hay un cartel ahí abajo que pone...” –el tipo puso ahora una cara de desquiciado, y terminó, lentamente, palabra por palabra: “...Wel-eats-the-people-from-Lepe”. Se fue sin reírse ni nada, como cabreado. Hoy está siendo un día duro.

Los coños eléctricos tienen una foto de la cara o el cuerpo de una mujer en la caja. Las pollas eléctricas tienen una foto de la cara o el cuerpo de una mujer en la caja, también. Ocio para y por machos.

Un tipo ha comprado un coño color de negra con mando a distancia para activar dos modos distintos e independientes de vibración. Los aparatos que vendemos en esta tienda tienen un punto setentero, funcionan con pilas AA, cuando es evidente que las AAA son las que están de moda, y tienen elementos dorados, cables para los mandos a distancia y estética de V en las cajas. V de victoria. Ha dicho que las mujeres son como los perros. Cariñosamente. Por lo visto, el coño de plástico le ha recordado a una mujer. Siempre que alguien hace una comparación como esa, me divierto pensando en las múltiples variantes... Muchos escritores lo hacen: “La libertad es como el sol, se siente pero nunca se puede alcanzar”... todo eso. Osho dice que el amor es una semilla... Entonces es cuando me imagino que Osho hace una metáfora superdetallada, una metáfora rebuscada y laberíntica. “Las relaciones de pareja son como una plancha metálica fina, de unas dos micras de anchura, con agujeros practicados de forma aleatoria, de unos 5 metros cuadrados de superficie, sujeta por dos globos de helio sobre una bañera de mercurio a 37 grados centígrados a presión constante.”

Que Osho escribiera eso me haría disfrutar de la vida, haría que me levantara con ganas de cantar All you need is love en el balcón, y de hacer una barbacoa gratuita en el portal de mi piso. Que Osho escribiera eso me haría volar de ilusión. Iría flotando al trabajo. Que no lo haga me hace ver que si quieres llegar al público, al gran público, entonces tienes que ser simple. Y da igual que la realidad no lo sea, no se trata de describir la realidad. Se trata de vender libros, Osho. La espiritualidad al servicio del capitalismo. ¿Qué diría Diógenes si Adam Smith lo tuviera atado con una correa en su porche? En Occidente vivimos felices, elimina esos pensamientos.

LA MANO ENTERRADA

Vircius mató a mi padre y a mi tío. Les desgarró el cuello, de un mordisco, a uno detrás de otro. Le seguiría hasta el fin del mundo. Es un orgullo y un privilegio tener un líder de su talla en la jauría.

Estoy seguro de que, bajo su mando, encontraremos la mano enterrada. Quizás esta misma noche, quién sabe. ¡Una mano de hombre, de los reyes que construyeron estos laberintos de edificios muertos! ¡Qué no podrá una jauría con semejante trofeo!

Cuando topamos con la manada rival, en ese preciso callejón, siento que no estamos lejos de hacernos con ella. Luego se desata un pandemio de ladridos, mordiscos y zarpazos que eclipsa todo. Sólo sangre, babas y sudor en una lucha por la supremacía. Y coronándola, Vircius.

El líder enemigo es más sabio: un enorme bóxer, ya maduro, que se mantiene en segunda línea antes de ver por dónde atacar. Para mi horror, yo soy su objetivo.

Sus fauces se cierran sobre mi nuca, y son tan enormes que abarcan parte de mi espalda. Siento sus colmillos y la sangre resbalar. Siento el dolor, su punzada implacable. Y entonces pienso en Vircius, en el honor de servirle, y me bato.

Ruedo, me retuerzo como un gato, suelto dentelladas, agito las patas, hundo mis propios dientes en su carne. Y después de un instante de sanguinaria locura me alzo jadeante. Mis ojos brillan al descubrir al bóxer a mis pies, inerte. Mis ojos se velan de pura alegría al ver huir a nuestros rivales. Vircius estará orgulloso de mí. Ahora la mano enterrada será nuestra.

Lo veo aproximarse, todavía cubierto de la sangre y las tripas de los perros eviscerados. Busco el orgullo en sus ojos, el reconocimiento por mi esfuerzo. Únicamente me devuelven una mirada anegada en la locura. Pienso en la mano enterrada, en la reliquia, cuando sus dientes seccionan mi yugular.

Es un privilegio tener un líder como Vircius cuando no siente amenazada su primacía.

LOS HIJOS DE LA LIBERTAD

El reloj marcaba el paso lento y fúnebre de la mañana; tras una noche entre el insomnio y el delirio, se levantó como si tuviera detrás cien años de mala vida, sintiendo como si la espalda se le fuera a descoser por el espinazo. El cielo: oscuro; tal vez llueva más tarde -pensó. No era una de esas mañanas apacibles de antaño; todo se iba a la mierda.

Aparcó el Ford Thunderbird detrás del Sivelli; la presencia de zapatos de charol y sombreros flocados distaba mucho de las gabardinas que llevaran los sicilianos, al menos hasta que les llamó el negocio en otra parte, entre fichas y ruletas. Em... un whisky y un plato de esa cosa rellena de carne que tienes siempre, los... tortellini -mascullaba mientras intentaba encender el último cigarrillo que le quedaba.

Recordaba como su padre, posiblemente el policía menos corrupto de Little Italy, acudió a un encuentro con los Stracci en Mercer St., cerca de Broadway; intentaba frenar la ola de ataques que se estaban produciendo entre las familias, arruinando no sólo la vida de sus allegados sino también la del neoyorquino de a pie, que se encontraba en medio del conflicto. La respuesta de los Stracci fueron trece balas, disparadas a bocajarro; lo hicieron cuando salía del Sivelli al día siguiente, tan cerca que podría tocarlo si un cristal casi invisible no los separara para siempre.

Los tortellini se habían quedado fríos, miró con una mueca de desprecio el whisky con demasiado hielo -“siempre dos, tres es aguar la fiesta”-, vació el vaso de un trago, dejó unos dólares sobre la barra y se marchó sin decir nada.

Condujo hasta Kenmare St., se sentó en la barra irlandesa del O’Hara, buscó el cigarrillo que no tenía y se maldijo una y otra vez, ajeno a la voz de su amigo. Las canas de ese peinado lacado de la Era Roosevelt revelaban que había pertenecido a la legión de policías irlandeses del Nueva York, de soborno y vendetta. Lo que hicieron juntos aún hace resonar los disparos en el aire.

Su padre cayó abatido sobre la acera de Franklin St. mientras el Hurtan Albaycin aceleraba entre el estruendo de las pistolas. No era habitual que se eliminara a un policía tan a la ligera, y menos públicamente; el Departamento -no de forma oficial, por supuesto- decidió que se había acabado la época del pizzo y cerró varios tinglados clandestinos, que no eran tan secretos como se podía creer. Decenas fueron detenidos, varios muertos.

-Qué te parece si vamos esta noche al cine; venga, yo invito. Estrenan esa que anuncian los carteles: la de Patton.

Se limitó a levantar la mirada y asentir; todavía resonaban las balas en su cabeza.

“Quiero que recordéis que ningún bastardo ganó jamás una guerra muriendo por su patria. La ganó haciendo que otros pobres estúpidos bastardos murieran por ella.” El general decía su arenga a las tropas mientras cocacolas de cristal y palomitas de maíz caían devoradas por los americanos.

O’Hara y él habían confiscado dos bombas de un almacén de los Stracci -sabían que no podían enfrentarse contra toda la Policía de Nueva York-, atravesaron el puente George Washington hasta Nueva Yersey, y fuera de su jurisdicción, encendieron una chispa en el polvorín.

“Bien, algunos de vosotros estáis dudando de si tendréis miedo bajo el fuego, eso no debe preocuparos, estoy convencido de que todos cumpliréis con vuestro deber, los nazis son el enemigo, ¡cargad contra ellos, derramad su

sangre, disparadles en el vientre! Cuando pongáis vuestra mano sobre una masa informe que momentos antes era el rostro de vuestro mejor amigo... ya no dudaréis.”

Se paró frente a la habitación de hotel en la que se encontraban los asesinos de su padre, había llegado hasta allí, podría entrar, vaciar su Colt 45 y acabar la guerra; se encontraba desconcertado por todo lo que estaba ocurriendo, iba a preguntar algo importante, pero O'Hara ya se había adelantado a la situación y la cerilla pendía sobre la mecha de los cartuchos.

George C. Scout entregaba Alemania a los rusos dividiéndola y O'Hara entregaba su alma mientras dividía en dos los dólares incautados. Fue suficiente para retirarse y esconderse una buena temporada; después de todo, parece que finalmente se venció a la Mafia. No podía evitar pensar, con la figura de bronce mirándole entre las olas, que todo había sido un negocio, uno muy lucrativo, y que no había peor mafia que los hijos de la libertad.

Créditos de 20th Century Fox. Al salir de la sala, el irlandés se dirigió al baño; estuvo esperándolo un buen rato mientras el recibidor se iba quedando vacío. Buscó algún cigarrillo por los bolsillos y se acordó de que no le quedaba; maldita sea -pensó. De repente, recordó que no había comido nada en todo el día e, impaciente por volver a casa cuanto antes, empezó a mirar el reloj; recordó una vez más cómo Estados Unidos vendió a su alma y a su padre, guardó en el bolsillo el tiempo que le quedaba y les mandó a todos al infierno.

En frente de la puerta de los aseos le recorrió un escalofrío; el mismo que había sentido años antes frente a la puerta del hotel. Respiró hondo y abrió la puerta; tres disparos le atravesaron antes de que pudiera ver siquiera la cara de la muerte; en el suelo, el cadáver de O'Hara. No le sorprendió el hecho de que le hubiera traicionado sino de que lo hiciera sabiendo que no iba ni a ver las treinta monedas de plata. Al final, todos pagan por pecadores.

JOE Y LA MUERTE DE JOE, QUE VINO SOBRE RUEDAS

Ahí venía la muerte sobre ruedas metida en el ensamblaje de un gran camión con chimeneas y dos faros enormes, y había venido desde Maryland con un buen montón de latas de coca-cola encima solo para matarle. Él era una sombra blandengue y lívida delante de la gran mole de metal, una figura rara, un poco fálica, algo así como una parte de noche tan oscura (y eso tenía sentido) que ni los focos amarillos ni los mugidos acolchados del claxon conseguían disiparla. El conductor (bigote, camiseta amarillenta de tirantes, gorra, mancha de semen sobre la camiseta amarillenta de tirantes) se puso muy nervioso al ver a ese fantasma de negro en mitad de la carretera, y aunque le recordaba a esas veces en las que se dormía tan a gusto en los hostales de camino a Salt Lake, a Concord, a donde fuera, por haber conseguido atropellar algo ese día, un arce en el mejor de los casos aunque se conformaba con un par de gatos o un perro, eso que tenía delante ahora parecía más bien una persona o incluso, Dios no lo quisiese, un marciano, y le sonaba algo sobre que atropellar a algo que se aguantase a dos patas metía a cualquiera en un lío enorme, especialmente si venía del espacio porque entonces tenías al FBI encima antes de decir F en mayúsculas, y todos saben que los del FBI son maricones.

-Muuuuuuuuuc!!! Muuuuuuuuuuc!!!

Joe Hobbs miró a su muerte a los ojos antes de morir, le plantó cara y la quiso poner en sus casillas por puro honor de hombre ante la fatalidad, por puro Shakespeare.

-Hija de puuutaaaa!!!

-Fññññiiiiiiiiiccccc!!!

-Ve a joder con el puto mundo que te engendró!!! Y ojalá os reventéis los anos en el proceso!!!

Joe tenía muchas cosas que dejar en testamento apócrifo, esas solo habían sido un principio bastante discreto. Quería contarle a su última amiga muerte algo suyo, sobre lo que había hecho durante su vida y que no la hacía en vano entera, solamente el momento actual. Le hubiese gustado sentarse a charlar en un pub, con un whisky barato y ella, la muerte, y jocosamente la llamaría Rose porque en realidad él tenía sentido del humor solo que lo había desaprovechado en lamer culos por ahí. También la insultaría, no hay que explicar por qué, pero a ella no le iba a importar, se lo tomaría bien, debía estar bastante acostumbrada y además los insultos son un gran catalizador para las buenas amistades, las de verdad, las que no se basan en comerse las pollas. Hubiese estado bien, algo en su fondo le decía que ambos se hubiesen entendido pero ahora que Joe se había unido al club de las salpicaduras del parabrisas de camión y su cabeza había pasado a mejor vida al lado de un montón de tripas de mosquitos, moscas y libélulas y ahí estaba, como un escupitajo más, ya no podía ser, de ninguna manera.

Durante el instante anterior a su muerte Joe pensó que iba a echar jodidamente de menos estar borracho, correrse y a su hija que con diez años soltaba tacos a mansalva, y a una chica de quien una vez estuvo enamorado. Joe también estaba casado, cosa que figuraba como "Errores mortales de mi

vida" en la lista que había escrito hacía un rato en el bar de mierda que había por ahí, lista que se olvidó sobre la barra cuando le subió el arrebató suicida y salió cagando leches antes de que se pudiese arrepentir. Ahora una negra enorme se estaría doblando de risa al leer lo de haber jodido con un gato y lo de haber cambiado su alma por una hipoteca y una mujer que no se la chupaba. Pero en realidad eso, a Joe, ya había empezado a darle bastante igual.

El conductor, por cierto, se había metido en un buen lío al final. Al menos la sangre era roja, pensó, y siguió hasta Pasadena.

LA JUGLARESA

Ella era la bufona del pueblo, la que sonreía constantemente como si la mueca de su boca se hubiese petrificado para siempre entre las mejillas; la que danzaba sin saber cómo en cada espectáculo; la que despegaba palabras indecibles de sus labios para recitar canciones que todos conocían: las gestas de brujos poderosos y héroes y villanos, los romances insalvables, incalculables...; era ella la que se desposeía de todo su honor para hacer los trucos más vergonzosos ante el populacho siempre «inocente»; la que se dejaba avasallar; la que se maltrataba a sí misma en el consentimiento de otros brutos; la que robaba el pan cuando los pómulos le acariciaban con demasiada fuerza la carne, del mismo modo que se dejaba azotar, herir para luego disimular las heridas en el escenario, del mismo modo que abría sus piernas hacia la embestida de un extraño.

Desde el campanario se realizaban los acostumbrados toques de campana: ding dong, ding dong; la plebe soltaba sus harapos sucios sobre la madera más próxima, se arremangaban las camisas y se dirigían hacia la plaza mayor, donde las fuentes gobernaban los espacios circundantes como gárgolas de piedra que algún dios hubiera colocado para hacer la guardia, la plaza donde los niños se empecinaban en darse puñetazos y en que compartían basura con los palomos; las mujeres desatendían a sus maridos y estos corrían también hacia fuera de las casas, algunos con los calzones bajados todavía y otros con el cinturón de pegar en la mano. Todos, sin excepción, deseaban oír cantar a la juglaresa.

Eran las seis de la tarde. Los pequeños que corrían y los jóvenes que se iban arrejuntando ante los otros asustaron a las palomas, que salieron volando en una estampida de hermosas dimensiones. Cualquiera que hubiese visto el vuelo desde el aire lo hubiera supuesto como un fantástico prelude al espectáculo de la juglaresa. Era verano y hacía calor. Algunos aparecían con las camisas descosidas o abiertas, otros con el sudor marcado en las axilas o las espaldas, y las mujeres llevaban ropajes menudos o rotos. El sol arriba gobernaba. Eran las seis y un minuto de la tarde.

Dos comerciantes empujaban sus carretas al borde del río Tresia cuando escucharon la llamada del campanario, el dingdong que muchos ansiaban para poder tomar un descanso en sus largas jornadas de trabajo inacabable. Enseguida soltaron las cadenas de los carros y ataron los bueyes a un tronco para ir a reunirse en la plaza, a sabiendas de que difícilmente robarían en tal momento de la tarde algo en las afueras abandonadas del pueblo. Pero nadie estaba a salvo ni seguro de sus bienes tan lejos de las fortificaciones del reino; los salteadores de caminos ya observaban su futura recompensa desde el otro lado de las aguas. Eran las seis y quince minutos de la tarde cuando llegaron los comerciantes. La juglaresa había comenzado el primer baile.

La chica les pareció esbelta desde aquel lejano horizonte en el tablado de madera, allí posada como una mariposa. Bailaba una especie de danza oriental de la que habían oído hablar en otras provincias, pero que nunca hasta entonces había tenido lugar en tal pequeña aldea. Esto hizo que la gente se desatase más de lo acostumbrado –que ya era bastante–, por lo que entre el calor y las ganas y el morbo inicial de la sorpresa, todos parecían estar disfrutando como nunca. La chica controlaba hasta la última curva de su cuerpo. Hacía girar su cadera como si de un platillo se tratase, al tiempo que

unos movimientos de estómago y pelvis cautivaban a los hombres cercanos al escenario. Se oían voces indecorosas reclamando otros triunfos: «¡Baja a bailar con nosotros, mora!», o cualesquiera de las muchas otras palabras que no sabían emplear para piropear a una mujer. Ella había vencido el cansancio de estas desdichas hacía mucho tiempo; pensaba tener suerte por el simple hecho de no estar recibiendo una interminable descarga de tomates.

Esta vez había un buen saco con monedas y joyas que usaría para alimentarse durante algunas semanas. Se lo había ganado teniendo que soportar a tantos babosos, incluso a aquel obscuro gigante que se subió a la tarima intentando manosearla. Todos rieron cuando ella, con la elegancia de una bailarina extranjera, lo tiró abajo de una patada. Le bastó una sonrisa nuevamente para ganarse al público; nadie lo hacía como ella. Todos habían oído hablar de aquella juglaresa, extraña y desconocida para todos. Lo exótico hablaba en ella como una lengua de tiempos inmemoriales. No se sabía por qué razón, pero enamoraba. Lo que solía ser un espectáculo de gallos y escaramuzas en los tablados de la plaza mayor del pueblo, aquel día se vio convertido en un respetuoso pacto entre artista y público. Recogió su recompensa y se la cargó a la cintura por la parte delantera, dubitativa todavía de que nadie la persiguiese.

Eran las nueve y había comenzado a anochecer. Una brisa fresca sopló en bandada por todo el pueblo. Ella tuvo que darse prisa para llegar al cabaré más cercano donde pasaría la noche, que estaba dos villas más al sur de donde se encontraba. Sabía que la noche siempre era el lugar más peligroso e inapropiado para las «damas», pero nunca dijimos que la juglaresa se considerara tan honrosa...

Primero tuvo que cruzar las inmediaciones del bosque que separaban al pueblo de sus alrededores, para luego darse de bruces con la elegancia nocturna de las aguas que recorrían el río Tresia. Se queda un rato observándolo, como si fuera la primera y última vez que sus ojos pudieran deleitarse con aquel manjar para la vista. Tresia había servido como lugar del acto en multitud de romances y también de asesinatos, crueles crímenes pasionales; el espectador perfecto del avance de una civilización incivilizada. Le pareció que el río danzaba y que la luna componía sus canciones: la coreografía de la naturaleza que viviría por y para siempre en su memoria. Sus ojos oscuros se fundieron con la noche.

Siguió caminando durante largo rato. Habían pasado treinta minutos cuando avistó un par de carretas entre el polvo y las rocas de uno de los caminos que la conducirían hasta su destino, justamente el que necesitaba coger para no desviarse de la ruta. Pensó en la cantidad de mercaderes que en el lapso de aquellas calurosas tardes había tenido que conocer para comprarse sus utensilios y las viandas del día a día. Existía la idea de que ningún mercader te haría jamás daño: ellos necesitaban tener la apariencia limpia para afianzarse con los clientes que les daban asimismo sus tributos. Por esto, la juglaresa no sospechó en ningún momento que coger por aquella vía pudiera ser un acto peligroso. Se equivocó en buena parte de sus reflexiones: aquellas carretas ya no pertenecían a dos mercaderes.

Sus piernas férreas de bailarina, cruzadas por unos bordados árabes, aseguraron terreno para cruzar el camino. Comenzó con un pie, y luego otro, y otro...

El tintineo de la bolsa que llevaba pegada a la cintura rompió el sueño de dos malhechores de caminos que habían estado todo el día trastabillando por los alrededores de Tresia. Salieron de la oscuridad sin aviso alguno. Al principio ella se asustó, pero no ocultó la sonrisa, pues sabía que ellos no le harían nada malo. El silencio casi sepulcral de la noche también se vio

corrompido cuando ella pisó una ramita que crujió. Fue el instante en que se miró sus zapatos para comprobar que estaban sucios de tierra. Al volver la mirada al camino, sintió una fatiga y malestar agobiantes. Las sombras recortadas entre los árboles de dos hombres se le insinuaron amenazantes. Escuchó unos murmullos y unas pisadas y un... «Eh... Shhh. ¡Ya tenemos a esta furcia para la noche!», seguido de unas risotadas que para nada hicieron borrar la palidez del rostro de la juglaresa. No iba a tener suerte.

De repente todo se le nubló. Le habían golpeado la cabeza y estaba cayéndose en medio del camino.

Abrió los ojos lentamente, como si salir de aquel sueño –o mejor dicho: pesadilla– le costase el mayor de los esfuerzos. Todavía tenía la boca dormida y alguna legaña seca entre los ojos y sus largas pestañas negras. Se frotó los párpados con las manos al tiempo que viraba su cabeza a un lado y luego a otro con rapidez. Sintió el estrepitoso andar de una carreta, ese tracatrá intermitente, las ruedas del carro aplastando las piedras o los bichos del camino, las voces de unos hombres en el interior... «¡No! ¡NO! Mierda –gruñó, agitándose–, no ha sido un maldito sueño. Me golpearon... Me golpearon estos sucios bastardos». Mientras sus agitados pensamientos recorrían con miedo el interior de su conciencia, un intento de levantar los brazos le avisó de que estaba encadenada a una caja de hierro que quedaba pegada a la pared, seguramente donde guardaban el oro los antiguos mercaderes del carro que ahora la conducía hacia no sabía qué peligroso lugar. Sintió una hinchazón en la cabeza. Sabía que tenía sangre en la nuca por el golpe; le dolía. La reclinó y torció hasta mirar por las rendijas de la madera, intentando localizar la zona por la que tal vez se encontrase. Sabía que aquello no era más que un intento de vencer el terror al que pronto tendría que hacer frente, pues difícilmente podría pedir en la situación en que se hallaba ayuda alguna, ni tampoco creía que aquellos ladronzuelos fueran a ser «buenos» con ella, a dejarla escapar, a permitirle un respiro de libertad o siquiera el derecho a expresarse... De repente se supo vencida, como si nada de lo que hubiera hecho hasta aquel entonces hubiera tenido sentido: las palizas de su padre, los «trabajos» sucios a los que se vio volcada una y otra vez durante su adolescencia... el sabor inconfundible de la soledad de un sótano; todo esto fue lo que recordó mientras el carro seguía tropezando torpemente en el ajetreo del viaje con los obstáculos, todo para saberse miserable. La actuación de la tarde ya no valdría para nada, ni su saco de monedas y joyas, ni su libertad momentánea mientras bailaba... El mundo era un baile de ahorcados y verdugos, y ella no estaba en la mejor posición por el momento. Su cabeza tendía de una cuerda invisible que la ahogaba hasta la asfixia.

Miró a través de la pared y observó las inmensas aguas del Tresia haciendo sus acostumbrados paseos nocturnos. Sabía que aquella noche no la podría pasar en el cabaré. Sintió frío y quiso arrimarse alguna manta que había podido avistar antes, pero quedaban demasiado lejos. A pesar del inclemente calor de las tardes, las noches en los alrededores de aquel reino solían ser frías hasta el dolor. Tenía los pezones duros como cuchillas y le dolían. El gélido aire de la madrugada entraba por la pobre camisa medio abierta que llevaba atada entre hombros y cintura. Quiso taparse más que nunca... estaba avergonzada: un pecho le sobresalía a la mitad por uno de los recovecos del tirante, y estaba segura de que aquello no sería afán de disimulo para los cerdos que la habían tomado por prisionera. «Dios, dame paciencia con estos inútiles», fue su último pensamiento antes de volver a cerrar los ojos, aunque ella jamás llegara a creer en dios alguno.

Le habían torcido la cara de un guantazo. Le sangraba la nariz y había

vuelto a ver violado su «descanso». Era uno de ellos el que ahora la miraba con lascivia y violencia, como si se tratase de una bestia. «Je –mientras la miraba, se relamía los labios y la baba le caía hasta el suelo–, voy a jugar contigo hasta el cansancio, viborilla...». Ella intentó zafarse, pero no gritó. Él se bajó los pantalones con prisa, mientras su compañero seguía dirigiendo los bueyes desde el habitáculo delantero. Olía fatal. A la juglaresa le entraron unas arcadas y estuvo a punto de vomitar, pero se contuvo con la idea de vomitárselo en la cara a aquel cerdo de mil madres en cuanto pudiera. «¿Qué, vas a hacerte la estrecha?». Ella guardó silencio e intentó poner la mejor cara que supo. Al final el vómito no pudo ser reprimido durante tanto tiempo. Ella estaba indefensa, el hombre era un cobarde. Le introdujo su miembro dentro de la boca mientras le agitaba la cabeza con violencia, tirándole de los pelos. Fue tan rápida y brusca la fricción, y el asco, y la impotencia, que comenzó a atragantarse y desde el interior de su alma expulsó todos los demonios por la boca. El hombre aprovechó ese momento para agarrarla por la cabeza y pegarla a la pelvis, dejándole el miembro entero colgando casi en la garganta, como si lo que acababa de ocurrir le supusiese un placer inestimable, mientras la juglaresa todavía hacía ascos y se descomponía. En aquel instante ocurrió algo que el ladrón jamás hubiera esperado. La chica mordió, pero mordió con tanto odio que se lo arrancó de cuajo, desde la raíz de los testículos. No importaron la sangre, ni los gritos, ni la tortura: ella estaba disfrutando ahora. «Muérete», fue su única palabra de victoria mientras el acosador se retorció entre la paja y la madera del carro con las manos en la cara. «¡MI POLLA! ¡MI POLLA!». El carro paró en seco y se escuchó a los bueyes quejarse. El otro asaltante iba a aparecer de un momento a otro.

Ella aprovechó la agitación y el susto de su contrincante para arrebatárle con las piernas la llave de las cadenas. Era ágil y no tardó mucho tiempo en hacerse con ésta, que había caído cerca de los pantalones que desde hacía un rato permanecían tirados cerca de su cuerpo. El amigo agonizaba medio muerto en el suelo; el otro apareció por una pequeña portezuela como si acabara de ver al fantasma de su padre. «¡Por Dios santo!», recitó al tiempo que abría los ojos como un animal, al encontrarse con el miembro de su compañero cercenado encima de unos rastrojos. Aquello le pareció un baño de sangre, y fue tal la impresión que antes de llegar a la juglaresa, que casi había conseguido librarse de todas sus cadenas, atada a la caja de hierro, se resbaló con el vomito que se extendía por una larga porción de madera con la consiguiente y brutal caída que dio a parar con la máquina de procreación de su socio –ahora algo estéril– en la cara.

Puaaaaaj, dirá el lector. Sí, fue un puaaaaaj enorme, y deberían haber estado allí para contemplarlo. Lo que ocurrió luego ya lo saben: la juglaresa consiguió desencadenarse y escapó de aquel lugar. Se llevó sus monedas y las joyas que había ganado en la tarde, además de un buen cargamento de oro de unos mercaderes que nunca conoció, además de las provisiones que un par de «sofisticados» ladrones llevaron encima aquella noche, además de sus pollas en un plástico como trofeo de la batalla. La vida no había sido muy sencilla, la había hecho como era, pero estaba feliz de serlo. Podría enseñar sus trofeos, podría seguir ganándose la vida como hasta ahora, sin estrategias, siendo ella misma: la juglaresa extraña y desconocida para todos. La extraña de Tresia. Ella sonrió toda la noche de vuelta al cabaré. En suma, había sido un día bastante bueno.

13 MALAS HISTORIAS

“Eran trece criaturas antropomórficas con un aspecto anfibio que, no sabría muy bien decir por qué, juzgué desde un principio de una talla de unos dos palmos, o palmo y medio. Tenían grandes ojos saltones de un color bilioso, la boca repleta de hileras de dientecillos puntiagudos y la piel salpicada de durezas y púas, y, sin embargo, reconozco que desde un primer momento despertaron mis simpatías. Debe ser mi afición por los seres grotescos –de ficción, se sobreentiende– o esa pueril fascinación con las cosas levemente aterradoras. La verdad, no lo tengo muy claro, y supongo que, en el fondo, carece de importancia.

El caso es que cuando desperté no podía sacármelos de la cabeza. En la ducha, o luego, mientras desayunaba, rememoraba una y otra vez sus desventuras durante mi extravagante sueño: su vagabundear por ese laberíntico conjunto de corredores, su temor a las criaturas que se agazapaban en las sombras –y que en mi mente no podían ser otra cosa que ratas–, el pesar por la reciente pérdida de algunos miembros de su familia... Sé que contado así no parece gran cosa, pero en la ilógica evolución de los sueños llenó mi noche de un modo trepidante y, como ya resultará obvio a estas alturas, dejó una gran impresión de mi mente.

Supongo que ése fue el motivo que me impulsó a escribir sobre ellos (o ellas). No es que lo ocurrido en mi sueño fuese per se apasionante, pero los personajes, desde mi punto de vista, sí lo eran, y, además, estaba pasando una cierta crisis creativa. Al final, a priori fue una buena idea, pues escribir el primer relato no me llevó más de hora y media y rompió esa mala racha creativa, trayendo de vuelta a mi huidiza inspiración.

La historia en sí no era demasiado novedosa; fantasía épica básica, podríamos decir, aderezada con estos extraños seres de mis sueños como protagonistas y con un escenario que pretendía emular la sensación de fría humedad y asfixiante oscuridad del susodicho sueño. En el relato, por incluir acción, las criaturas se topaban finalmente con una enfurecida manada de ratas, a la cual vencían armándose con maderas y otros desechos que encontraban en el laberinto.

La cosa se hubiera quedado en una anecdótica forma de encontrar de nuevo la inspiración si no fuera porque esa misma noche volví a soñar con la tribu de anfibios. Lo más chocante no fue volvérmelos a encontrar en mis sueños, lo que se podía atribuir, ciertamente, al haber estado gran parte del día pensando en ello, sino el que el sueño comenzase justo después de dónde había finalizado mi relato. Me costó un momento darme cuenta, pero luego no me cupo la más mínima duda: tenían sus nuevas lanzas y se vanagloriaban de su victoria sobre las ratas.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, esta particularidad del sueño la achaqué también al haber escrito el relato y jugueteado con los personajes, y, lejos de inquietarme, el hecho me estimuló a escribir una segunda historia en la que continuaba las aventuras de mi tribu de anfibios. Puntualmente, esa noche volví a soñar con ellos y, de nuevo, el sueño era una suerte de continuación de mi propia historia.

Esta absurda simbiosis continuó hasta que hube escrito trece relatos, momento en el cual juzgué oportuno remitirle la obra (o comienzo, pues yo adivinaba toda una saga) a mi editor. Para mi sorpresa, éste no encontró en la

narración ninguna de las excelencias que yo le imaginaba, y me conminó, en una tajante respuesta a mi correo electrónico, a que me concentrara en escribir cosas con auténtico interés, recalcando que ya duraba demasiado mi sequía creativa.

Apabullado por su respuesta y algo temeroso de perder su favor, decidí dejar de lado a los anfibios y retomar la novela de vampiros que llevaba entre manos. Fue el primer día que no continué la historia, pero aquello no impidió que las criaturas visitaran mis sueños. El modo en el que lo hicieron fue todavía más inesperado que reencontrarlas.

Con la inevitable deformación que el mundo onírico conlleva, mi propio dormitorio se apareció a mi mente dormida. Presidiéndolo, como en la realidad, se encontraba mi lecho, y yo en él durmiendo intranquilamente. Entonces, sigilosamente, las criaturas se descolgaron del techo por un agujero que, por supuesto, no existe, y luego caminaron hasta mi cuerpo durmiente, al que mortificaron toda la noche con sus lanzas sin llegar a despertarlo. A la mañana siguiente (nada extraño teniendo en cuenta lo agitado de mis sueños) tenía una terrible jaqueca y dolores por todo el cuerpo. Ya ese primer día, lo recuerdo, pensé que quizás había enfermado.

Achacándolo a la tensión y las pesadillas, sin duda provocadas por la respuesta del editor en mi hipersensible naturaleza, me dije, intenté olvidar el incidente y centrarme en avanzar en mi historia de los vampiros. Así, después de una jornada a grandes rasgos infructuosa, me eché a dormir buscando un descanso que, como habrá adivinado, me fue negado: las criaturas acechaban mis sueños y esta vez no se contentaron con hostigar a mi yo dormido con sus lanzas, sino que, para mi horror, extrajeron trozos de mi cerebro hurgando con sus lanzas a través de mis fosas nasales, y luego lo devoraron en una dantesca bacanal.

Aquella noche fue el comienzo de una espiral demencial en la que lo he intentado todo para romper el asedio al que me someten, desde somníferos a hipnosis pasando por mudarme a un hotel o mantenerme en vela hasta donde mis fuerzas me lo permiten. El problema no es que asaltan mis sueños, sino que sus agresiones las pago realmente.

El otro día, dispuesto a claudicar, empecé a escribir un nuevo relato sobre la tribu, pero apenas consigo hilvanar dos líneas. Desconozco si es debido a la presión o si, por el contrario, los trozos que han devorado de mi mente contenían mi genio narrativo. No deja de ser irónico que, cuando había aceptado aplacarles a cualquier precio, me haya dado cuenta de que quizás ya no tenga las herramientas.

Doctor, por estúpida que le parezca esta historia, le ruego que la tome muy en serio, desde el ángulo que sea. Estoy francamente aterrado. ¿Qué será de mí si no les satisfago? Necesito encontrar una solución y no sé ni siquiera por dónde empezar. Dígame, doctor, ¿qué podemos hacer?”

“Ciertamente es una historia extraña. Reconozco que me ha dejado sin palabras. Me temo que tendré que pedirle un poco de paciencia y un poco de tiempo para reflexionar. No obstante, antes querría hacerle una pregunta, sólo por acotar... Esto que me ha contado, no es una metáfora, ¿verdad?”

PRIDE MOUNTAIN (II)

A varios metros en las entrañas de una colina, arropados por la escasa luz de un quinqué polvoriento, dos ojos oscuros se desesperan tratando de encontrar una veta que nunca aparece. Sobre ellos el brillo de la fiebre, la que impulsa a los hombres a dejar casa y familia atrás para perder la salud en busca de un sueño. Dos golpes más con el pico, otra mirada, el pico, la mirada, el pico, la mirada...

-Claude. ¡Claude! -se escucha una voz a la entrada de la mina. Claude deja el pico y la ilusión por un rato, lo justo para concederle a sus pulmones y a su vista una tregua.

Fuera está August Luzar, su socio, su compañero de penurias, su amigo. Como siempre que una idea extraña anda rondándole por la cabeza, Luzar ataca su pipa con caladas cortas y rápidas, llenándose de humo, que luego deja salir por nariz y boca en un torrente espeso que se le enreda en la poblada barba. Se muestra nervioso, dando vueltas de un lado a otro como un lunático, murmurando...

-¿Qué pasa, August? -Cainvile sienta su pesado y velludo cuerpo sobre una roca cercana a la entrada de la mina.

-Estoy pensando... Claude... que no podemos seguir así. -Recortada contra un cielo de vespertinos tonos ocres, la alta y delgada figura de Luzar se asemeja a un desgredado espantapájaros en medio de la humareda.

-Claro, chico, ¿y has llegado tú solo a esa conclusión? Menudo lumbreras...

-Claude, cabeza de alcoroque, ¿me quieres escuchar con las orejas? -Los vivos ojos de Luzar brillan con el fulgor de la idea.

-Bueno, no sé qué decirte, porque la última vez que te escuché terminé dejando un próspero negocio de caza del búfalo para los muchachos del ferrocarril para venirme aquí a escarbar la roca pelada.

-De acuerdo, te metí en un lío. ¿Y ahora me vas a dejar que te saque de él?

-Temiéndolo estoy, August. Anda, ¿está la comida lista? -dice Cainvile mirando hacia un triste perol en el que un poco de verdura silvestre y unos trozos de carne reseca bailan al son del agua borbotante.

-Eso, eso, hazle caso a tu insaciable estómago en lugar de a tu amigo August, que siempre desea lo mejor para ti.

-Los que me asustan, muchacho, no son tus buenos deseos, sino tus locas ideas -Cainvile se acerca al perol, remueve un poco con el cucharón de madera y prueba la cocción-. Aún le falta. A ver, tienes hasta que esté lista la comida para contarme de qué se trata esta vez.

-Así me gusta -dice Luzar blandiendo su sonrisa más seductora y acuclillándose junto a su amigo sentado al calor de la lumbre-. Verás, llevo ya un tiempo dándole vueltas a una idea de la que creo que podemos sacar una buena tajada antes de morirnos de hambre en esta maldita ratonera, pero no te lo he querido mencionar antes por si la veta terminaba por aparecer.

-Pues no, no lo ha hecho.

-Exacto, Claude, y ya casi se nos ha acabado el dinero. Ha sido un fracaso, y te pido perdón por ello.

-No te preocupes; hay que estar a las buenas y a las malas, compadre. -Cainvile palmea con fuerza la espalda de su amigo.

-Bien, ¿recuerdas cuál era nuestro mayor temor una vez hubiéramos encontrado el oro?

-¿Que el cerdo de Raddock se hiciera con la mina?
-Eso mismo. ¿Te imaginas encontrar la veta y que ese sucio coyote nos terminara quitando la mina como ha hecho con tantos otros? Casi sería mejor no encontrarla.
-Hombre, eso no. Prefiero encontrarla y sacar al menos unas cuantas pepitas a cambio de tantas penurias.
-¡Pues yo no! -se levanta Luzar con teatral gesto de indignación-. Me niego a que el fruto de mi sudor se lo lleve un cerdo como Raddock. No; me alegro de no haber encontrado nada. Además, así tendremos la oportunidad de largarnos de aquí después de habérsela jugado a ese bastardo.
-¿Jugársela a Raddock y al puñado de pistoleros que tiene a su servicio? August, muchacho -dice Cainvile al tiempo que levanta su recio cuerpo y se dirige hacia la mina-, avísame cuando esté lista la comida.
-Espera, espera -se interpone Luzar entre Claude y la mina-. ¿Me quieres escuchar de una vez por todas?
-August -Cainvile agarra a su socio por el harapo que lleva a modo de camisa-, creo que este lugar ha terminado por llevarse lo poco de cordura que te quedaba.
-¡Escúchame de una vez! -Luzar se quita las manos de Claude de encima-. Te digo que tengo un plan; un buen plan; un magnífico plan que nos va a permitir salir de aquí con unos miles en los bolsillos.

Ambos se quedan un rato en silencio, mirándose a los ojos mientras el viento bate la pradera y el fuego crepita bajo el perol.
-Escúchame, Claude, y si no te parece bien lo que te voy a decir no tendrás que escucharme nunca más.
-Adelante -responde su amigo tras otro silencio.
-Bien... Dime, ¿qué pasaría si Raddock creyera que por fin hemos encontrado la maldita veta? Que intentaría quitarnos la mina, ¿no?
-Hasta ahí de acuerdo.
-Bien, pero como suele hacer siempre, primero nos ofrecerá alguna suma, tal vez cinco mil, o diez mil dólares; ya sabes, por aquello de guardar las apariencias y decir que intentó razonar con nosotros. ¿Cuánto le ofreció a Bullock antes de mandar a sus chacales a que lo despacharan?
-No sé, creo que la última oferta fueron ocho mil.
-¿Y Sanders, con cuánto se marchó ese cobarde?
-No recuerdo; quizá diez mil.
-¿Y no nos ofrecería a nosotros al menos cinco mil?
-Podría ser que nos los ofreciera. O bien podría ser que ya se haya cansado de diplomacias y directamente nos mande a sus muchachos para que nos hagan unos cuantos agujeros nuevos en el cuerpo. De todas maneras eso no importa, porque todo el mundo sabe que aquí no hay ni una maldita onza de oro.
-¿Y si consiguiéramos que la gente lo pensara? ¿Y si pudiéramos hacer que a Raddock le llegara la noticia de que hemos dado al fin con la veta?
-¿Cómo?
-Querido Claude, esa es la fantástica idea que se le ha ocurrido a tu socio para sacarte de aquí con un buen puñado de dólares en los bolsillos.
-Desembucha de una vez.
-Babe.
-¿Babe? ¿Qué tiene que ver ella en esto?
-Mucho, amigo. La última vez que estuve con ella...
-Y la última vez que estarás, porque después de lo que te dijo...
-Calla, tú no entiendes de esas cosas. Babe está tan enamorada de mí como yo de ella; lo que pasa es que a veces se le olvida.

-Sí, debe ser eso.

-Como decía, la última vez que estuve con ella una de las muchachas vino con la pepita que uno de los mineros de Raddock le había entregado como pago; al parecer eso pasa de vez en cuando. El caso es que después de hacer una rápida tasación y de despedir a la chica diciéndole a qué tenía derecho el fulano a cambio de aquella pepita, vi como Babe sacaba de la caja de caudales que tiene tras un cuadro una bolsa de cuero en la que guardó el oro. Si no tiene allí más de cincuenta onzas de oro no tiene ninguna.

-¿Y?

-Claude, amigo, qué lento eres. ¿Qué crees tú que pasaría si nosotros llevásemos al banco una bolsa repleta de pepitas de oro?

-Que algún pajarito listo le iría con el cuento al venerable señor Raddock. -A Claude se le ha subido la sonrisa a la cara.

-Exacto. Y acto seguido seguro que tendríamos aquí a alguno de los muchachos del señor Raddock para decirnos que su jefe tiene para nosotros una propuesta que no podremos rechazar. Y claro -Luzar encoge los hombros-, ¿qué podemos hacer nosotros ante eso? Pues aceptar la oferta como buenos chicos que somos, coger los miles que nos plantará sobre la mesa, recoger la bolsa de oro del banco para devolvérsela a Babe... y volar.

-Mmmm... ¿Y cómo piensas hacer que Babe te deje esa bolsa para que andes jugando por ahí con ella?

-Pues pidiéndosela, ofreciéndole todo mi amor... y al menos una tercera parte de lo que saquemos. No creo que se niegue, sabe que estamos en las últimas.

-Creo que no va a ser tan fácil lo de Babe.

-Bueno, eso es cosa mía. Pero estamos de acuerdo en lo demás, ¿no?

-En un principio sí. Pero habrá que hacer algo más para que Raddock se trague el anzuelo. Quizá gastar algunos dólares.

-Pediremos un adelanto en el banco y lo sumaremos a lo que nos ofrezca Raddock.

-Sí, puede ser.

-¿Entonces de acuerdo?

-De acuerdo, socio.

Ambos se estrechan las manos y se dirigen hacia el perol en el que la comida parece estar ya en su punto. Luzar sirve un caldo turbio pero con poca sustancia que al menos les da para olvidar un rato el hambre. Después de comer, un par de gastadas pipas se encienden en espera de un crepúsculo que no se hace esperar. La noche llega clara, la luna pende llena y brillante, mecida en un mar de estrellas que dibujan constelaciones sobre el negro terciopelo. Hebras de humo se alzan y bailan al son de la brisa de la pradera, y un par de hombres imaginan el futuro con dinero en los bolsillos.

-Washington -dice Cainvile.

-Nueva York -responde Luzar.

-Bueno, ya veremos. Primero tenemos que ir a Castle Rock y tú tendrás que convencer a Babe, cosa que veo difícil.

-No te preocupes por eso, déjalo en mis manos. Tú sólo tienes que preocuparte por pensar en algo en lo que gastar el dinero, algún negocio. Se me está ocurriendo...

-Espera, espera -le corta Cainvile-. Deja los demás planes para cuando tengamos el dinero de Raddock en los bolsillos y piensa en mañana, ¿de acuerdo?

-Sí, será mejor -Luzar imita a su amigo, apagando su pipa y rebulléndose entre las sábanas-. Buenas noches, Claude.

-Buenas noches, August.

La madrugada se cierne sobre unas cuantas ascuas escarchadas de ceniza. La agonizante lumbre apenas da para mantener el calor de los dos cuerpos que, envueltos en un par de mantas viejas, luchan por mantener el sueño pese a los vientos nocturnos y los aullidos de bestias que rinden pleitesía a la luna llena.

LA SUERTE DE LA SANGRE

El chamán se dobló ante la chica que sonreía.

Padecía una leucemia que estaba acabando con su vida en lentas agonías, así que su propia madre la condujo hasta aquel sabio de la comunidad que juraba curar las enfermedades.

Todo se hacía con indescifrable secreto, en una casita perdida en el campo, a la vista de unos únicos ojos que devoraban el silencio...

-¿Tienes miedo?

La chica no tenía más de doce años. Aún le estaban creciendo los pechos y algunos granos comenzaban a aflorar por su impoluto rostro de ángel.

-No.

El chamán la miró con seguridad. Fijaba su vista en el joven rostro de Ydasil, una de las hermanas más jóvenes de la familia de los Sasha, para después sonreír mientras dirigía sus ojos hacia una mesa de madera agrietada donde reposaban artilugios de lo más extraños, tales como plumas de pájaros y caldos vegetales y bisturis y cucharas y cubiertos afilados... Ella dejó escapar un corto suspiro.

-Tu madre es muy buena.

-Lo es -ella le miraba con curiosidad, como si estuviera observando algo en lo que nunca antes sus ojos hubiesen reparado-. ¿Eres mago? El chamán volvió a mostrar una enorme sonrisa.

-Algo así.

Mientras hablaba con la chiquilla, «el mago» vio proyectado en la ventana de la habitación el reflejo de la madre. Estaba afuera, esperando.

En dos segundos se ató un abrigo de piel al cuerpo y salió a dedicarle unas palabras a la mujer que en su rostro mostraba algo de preocupación. Tuvo que asegurarle lo bien que estaría su hija, que nada saldría mal, que se curaría... No tardó mucho en marcharse del lugar, llena de esperanzas.

Su hija le sonrió una última vez desde el interior de la casita, mientras la silueta oscura y cada vez más pequeña de su madre se recortaba con las sombras del bosque nocturno.

-Ahora estamos solos.

Ydasil abrió su enorme boca como un payaso, haciendo que los mofletes se llenaran de un color rojo que parecía irradiar felicidad.

El chamán iba a curarla, y ella haría todo lo que le dijera para que esto fuese posible.

MY OWN HARD BOILED

-Hay varios tipos de enfermedades casi-contagiosas, aunque la mayoría se contraen por la nariz.

Mueve su vaso y se entrechocan los dos cubitos. Es uno de esos ademanes de auto-ayuda que dan ánimos a uno, o le felicitan, a veces incluso dejándole creer que han sido por eso y no porque simplemente está tan cagado de miedo que le ha dado un ataque de epilepsia en las manos y han dejado de recordar cómo era estarse quietas. Aunque él de veras se siente satisfecho ahora mismo, aun conviviendo en un mismo cuerpo con su complejo de inferioridad, que le corre por la sangre apabullando a los glóbulos rojos y entumeciéndole la parte del cerebro que controla los dedos. Es que realmente cree que ha dicho algo demasiado interesante y que con ello se ha ganado ya la gloria. La gloria de las sábanas, claro, y en su cama, por supuesto. Entre sus brazos, o mejor si son sus piernas las que le agarran. ¿Qué gloria iba a ser si no? Ella medio le sonríe. No le ha hecho ni puta gracia, pero es lo que se hace siempre. Tenía que ser una sonrisa tonta por convenio pero si la mirabas friamente seguro que era ella entera la que te parecía tonta; por suerte él, que es el único que la está mirando -no porque no merezca la pena mirarla y mirarla, sino porque es un bar bastante oscuro- ya tiene una erección, y no es por casualidad... no se lo digáis, pero se ha puesto a sí mismo al parecerse tan interesante.

-¿No me crees? Bueno, bueno... Pues... pero deberías, ¿sabes?, porque es una cosa muy importante. La gente en general no les da importancia. Es un error. Un error, porque son tan comunes que... -Al final se ha decidido a llevarse el güisqui a la boca (en tan mal momento, sí)- Que, que... Que mira. Te puedo asegurar que tú, tú tienes al menos una, una ahora mismo, aquí.

-¿Yo? -Le mira a los ojos para hablarle. Luego se los guarda otra vez para ella, y fue un "¿yo?" muy corto.

-Y hasta yo. Creo que el señor de esa mesa, el calvo... je, solo se le ve la calva desde aquí... bueno. Mira... pues el calvo, el calvo creo, creo que me ha contagiado una. Las enfermedades casi-contagiosas se transmiten todo el rato. Los estados de ánimo, por ejemplo. Son una enfermedad casi-contagiosa.

-¿Sí? -Otra vez lo de los ojos, pero esta vez jugando con la cañita de su combinado en la boquita. Mordisquito, caída de ojos, mordisquito. Mordisquito. Tiene una punta de la lengua muy roja, muy húmeda.

-Verás. No es que se contagien, ¿vale? Son estados de ánimo. No una gripe. Un estado de ánimo no es una gripe, y en eso estamos de acuerdo, ¿verdad?

-Mmmh -Y sorbe de la pajita, pero muy, muy poquito, solo para dejárselo en los labios, corriendo, quieto, no sé cómo, pero en los labios, a punto de desbordarse de los labios y resbalar por la comisura hacia abajo, abajo, abajo...

-Va... vale. Vale. Pues no... no son una enf... Pero eso ya lo he dicho. Je. Es que tengo muy, muy mala cabeza. Yo soy así, ¿sabes? Me lo contagió uno en el 94. Me pidió indicaciones para llegar a la estación, ¿sabes? Y acabamos yendo a tomar un café. Era un tipo... era medio calvo, bajito, con gafas. Judío. Un tipo interesante, de veras. Era interesante. Luego me dijo que llevaba dos días buscando la estación por toda la ciudad.

Ella se ríe. Él también se ríe pero no se le nota porque lleva todo el rato con una mueca de risa en la cara. Ella quita la cañita de su vaso grande para cockteles, la rodea con los dedos sin apretarla, las uñas rojo sangre. La caña está perlada de gotitas y la más gorda le tiembla suspendida en la punta. La

deja sobre la mesa poco a poco, exacta, precisa, como si hubiese calculado el sitio antes. La perfección del dejar cañitas sobre las mesas. Él no sabe si lo está haciendo con un cuidado especial, no, con una técnica especial de mujer para hacer que sufra de tensión en el pantalón o si es él que desea demasiado hacerle el amor y tiene una visión del mundo toda llena de lujuria y sublime depravación.

-Y...

Pero aquí ya no puede seguir. Tiene que tragar saliva cuando la chica alarga el brazo y coge su copa, que es enorme para ser una copa, y se la acerca y bebe un gran sorbo de los de ojos cerrados sin que le importe el polvo de fructosa en el borde. Cuando los abre, con la mirada encajada en la de él, él solo piensa en el verde, se pierde en el verde, ese verde selvático de sus ojos, se pierde en sus ojos y ya no sabe pensar y ahí, ahí sobre los labios un poco de cocktail de haber bebido de la copa grande que brilla con la luz del foco amarillo que le cae sobre la cara... y cuando... oh. Y la lengua está húmeda toda, está húmeda por detrás, está húmeda y aún se bebe el cocktail de sobre los labios y los humedece, los humedece más, humedece donde toca. Y aún le mira, aún le mira... Es la primera vez que le mira tanto rato, más de lo que se tarda en decir un monosílabo aunque fuese el monosílabo más largo de entre todos los monosílabos de todos los idiomas que existen. Y ahora... ahora le habla. Habla ella, ella a él, y él no sabrá responder nada y ella ya está hablando, ya...

-Has escrito güisqui mal, como sale en la Rae. Eso no es nada cool. Los tipos listos que piensan este tipo de tonterías sobre las enfermedades casi-contagiosas no escribirían güisqui así jamás en la vida, no sin coacción al menos.

Le han pillado.

-Pero no te preocupes. Voy a agarrarte entre las piernas esta noche, te lo aseguro. Me gustan los pirados que escriben esto -y señala a la hoja de papel que tiene él entre las manos- mientras hablan. Follan tan bien... Y lo comen bien. Son muy creativos con la lengua. Más si tartamudean, como tú. Lo comen como con vértigo, rapidísimo. Y me dan vértigo a mí.

El whisky que quedaba, de un trago, baja en picado por su esófago cuando ya se están besando lascivam...

PUTA VIDA

-¡Hijo de la gran puta, cabrón!

Cada día, a la misma hora: las 6:37 de la mañana, hora de despertador, Anacleto se yergue como si alguien tirase de una palanca; todos los días decía las mismas palabras. Durmiera de supino, boca abajo o de lado las decía, incluso a veces las mascullaba mordiendo la almohada. Nuestro personaje tiene una enfermedad que

-¡No es una enfermedad embustero de mierda!

Nuestro personaje tiene una afección cognitiva que le hace decir muchas palabrotas. Para más inri su vida no ha sido demasiado agraciada, y si el lector piensa que la suya tampoco, que lea y juzgue por sí mismo.

Empecemos por el principio: En su nacimiento se produjo una negligencia médica y a causa de ello estuvo en coma los primeros dos meses de su vida. Los hechos se produjeron de la siguiente forma, según relata el informe médico: La madre sopla sopla sopla y el médico le dice que siga soplando que siga soplando mientras esconde la cabeza bajo el arco de las piernas, hasta ahí todo normal; el padre entra hecho una furia puesto que se ha enterado que su mujer, la de las piernas abiertas, y el médico, el que le dice que sople, le han estado engañando desde hace años. En ese momento sale el bebé y lo agarra el médico como la pesca del día pero el padre, que está más furioso aún si cabe, le da al doctor una patada en la parte que más duele, que duele mucho más si te la da un futbolista profesional, como era el caso. El bebé se escurre de entre sus manos y rebota contra el suelo como una pelota reglamentaria.

Posteriormente, con los padres muy lejos, los dos, le ponen el nombre de Anacleto en honor a su tatarabuelo, que se fue a las américas y volvió como se había ido: pobre como las ratas. A nuestro personaje no le gusta su nombre; cada vez que lo oye no puede evitar decir lo mismo:

-Putá.

Esto le ha ocasionado muchos problemas y malentendidos, por supuesto, ya desde el colegio: «Vamos chicos, Carlitos, Susana, a clase, vamos, vamos chicos, Anacleto...» -Putá.

No ha tenido una vida social demasiado buena; no tuvo amigos, o si los tuvo se encargó de ahuyentarlos. «¿Juegas a la pelota?» -No gilipollas «Pero Anacleto si yo sólo...» -Tu puta ma...

Una vez tuvo una novia, un gran amor, un desvivir de rizos dorados, ojos azules y cascos sueltos. La relación se arruinó cuando se descubrió el juego a dos bandas; no es que él sospechase nada pero un buen día su boca dijo «¡Guarra!» y ella se marchó llorando y nunca más la volvió a ver.

En el ejército triunfó enseguida, batió sin duda todos los records de días en el calabozo. Como siempre andaba metido en peleas y más de uno visitó el hospital, decidieron que era mejor no enseñarle a utilizar armas, por precaución.

Tras varios trabajos que no prosperaron se convirtió en escritor pero antes de esto, recibió un golpe de suerte: la muerte de su madre; es decir, que la que recibió el golpe fue ella cuando el autobús la arrolló pero, entre la herencia y lo que soltaron a tocateja los de la compañía de autobuses, no ha tenido que volver a buscar un trabajo de verdad nunca más.

Le gusta mucho Reverte y como cuando escribe no dice palabrotas, intenta

escribir como él para que todo sea menos extraño. Ahora está terminando una novela acerca de los constitucionalistas gaditanos de 1812, una sátira que revolucionará el mercado a nombre de un editor que se la robará sin piedad, pero eso él aún no lo sabe.

Anacleto es una de esas personas que alargan el sufrimiento hasta límites insospechados; si hacemos un forward y miramos al futuro, cuando todos nosotros estemos bajo tierra, él todavía estará vivo, seco como una pasa, y le seguirán pasando cosas malas. Sin descendencia, con todos los órganos prestados, sorbiendo la comida de una pajita, olvidará de vez en cuando su nombre, pero un enfermero feo y gordo se le acercará y se encargará de recordárselo; entonces, con una boca desdentada dirá lo que ha dicho siempre: -Putá.

4000 MUERTOS

4000 muertos John, 4000 exactamente. John, mierda - mierda, mierda, mierda. John, estamos rotos... (El sol descosía sus comisuras, se desparramaba amarillo sangre y tripas sobre la tierra) 4000 muertos John, 4000 muertos. 4000 pedazos de alma. Los muertos John, los muertos. Los muertos eran objetores de conciencia... (Las vidas son como restos de naufragios pintados en el mar. Nacer es acabar de preparar las acuarelas. El corazón palpita siempre pugnando con las respiraciones del pulmón. Una persona no cabe en un cuerpo, por eso se pelean...) ¡Eyacular palabras! O un sopor nauseabundo en el fondo del paladar... La nostalgia es una mentira, el recuerdo una barbarie... 4000 muertos John, 4000 cadáveres descompuestos... John, siento el pánico dentro.

John. John. John. John. John.

Empieza la escena. Casa del protagonista, luces bajas. En el sofá tendido él y delante suyo, de rodillas, un hombre le está haciendo una felación, que le está comiendo la polla que es bastante grande. El protagonista, con la cabeza hacia atrás apoyada en el respaldo del sillón parece ausente. Parece que su alma se ha rendido por fin, largándose otra vez al jodido mundo de las ideas.

Pasan unos segundos incómodos para el espectador, incómodos para el felador, e indiferentes para nuestro protagonista. Solo se oye la mamada, las glándulas salivales secretando más líquido para lubricar mejor la piel de un pene.

P- Durante un tiempo hubo algo que funcionaba muy mal en mi vida. Yo sabía que lo había pero no sabía exactamente qué era. Aún así me hacía sentir desgraciado. Por suerte el mundo tenía mecanismos para tratar este tipo de cosas. A penas te duele una vez los ha usado. Tú vas viviendo inocentemente y un día te das cuenta de que estás más madurado de lo que hubieses imaginado jamás, haciendo cosas que te juraste no hacer. (Glup) Pero te dices que evidentemente fue un error jurar tonterías así. Empiezas a olvidar las cosas importantes. Tus sueños. A ti mismo. Las películas de Disney. Dejas de creer. Pero aún tienes momentos de lucidez en que vuelve esa sensación de que sigue todo igual de jodido que antes. Los tienes menos cada vez, como si te estuviesen poniendo una anestesia gradual cada día de tu vida. El resto del tiempo lo pasas en otras cosas, creyéndote lo que dicen de que no lo llevas mal, de que haces progresos, y reprobando lo pueril que fuiste una vez, antes de haber crecido, cuando no sabías nada de la vida, nada de nada. Llega un punto en que solo te devuelves la conciencia de casualidad, un par de veces por semana y sin querer, nada más, mientras alguien te está chupando la polla.

(Silencio)

P- Y al final dejas de saberlo por completo. Una amnesia conveniente. Te olvidas de que eres infeliz. Dejas de entender este texto.

(Silencio)

P- Y, ¿sabes? Ni tan sólo soy gay.

(El acompañante yergue la cabeza)

A- ¿No?

Se apagan las luces. Cae el telón. Fin de la escena.

Frío. Frío en la escalera. Frío, piensa al derramarse contra la pared, entre un par de ángulos hirientes. Luego pliega una mano sobre la otra; aún están calientes pero una eternidad respirando hielo empieza a entumecerlas. Pasará así desplomado unas horas, mirando sin mirar con sus ojos tan muertos.

Hubo un tiempo siglos atrás en el que se ocupaba de escalar los peldaños, enérgico primero, infundido de esperanza para luego, agotándose con los años, acabar exhausto, aferrado para no caer rendido a la barandilla de metal que seguía aún igual de infinita, retorciéndose en las esquinas para continuar su camino inexorable hacia arriba, a ningún lugar. Entonces, allí agarrado a medio desplomar, deja pender la cabeza sobre el vacío, asomada al hueco oscurísimo que atraviesa por medio, de arriba a abajo, caído de lo inaudible o subido desde él, aquella torre cubicular incansablemente escalada, teñida plomiza con todo el gris del mundo, y en silencio deja que le resbalen las lágrimas que jamás ha oído romper contra el suelo.

Frío, frío en la escalera. Ya se ha acurrucado. A veces duerme; no sueña nada, pero está tan cansado... Al levantarse le pesarán los pies, los brazos se compincharán para tumbarle con sus pesos balanceándose a destiempo cada uno a su lado, pero a caso trepe un par de hileras más, doliéndose con cada paso y magullándose con los bordes de los escalones mientras repasa, la cabeza baja, cada uno de sus esfuerzos de hormigón.

¡John!
Estamos solos.
John, no sabes amar.
Claro que no.

-¿Por qué se come usted las conchas de los caracoles?
-En las conchas es donde está su esencia.

Vive, joder, tómate la vida en serio de una vez, que un día vas a morirte.

...

-¿Fumas?
-¿Tú no?
-No, yo no fumo.
-Es una lástima. Con esos labios, quiero decir. Me encantan los cigarrillos de carmín.
-Te he estado viendo por la oficina.
-Observándome quieres decir.
-No, viéndote quiero decir.
-Oh, vamos. No se te da bien disimular. Cuando alguien te mira sabes diferenciar si es una mirada de azar o te observa. ¿Sabes qué? Tienes unos ojos preciosos. Y con eso quiero decir que quiero acostarme contigo.

...

Ahora estamos follando. Oigo como gime, cómo se friegan nuestras pieles y el sonido de mi polla al entrar de nuevo en su coño húmedo, nuestras respiraciones que no están del todo acompasadas. Y ahora, ahora me he corrido dentro de ella. Me he corrido dentro de ella. Y algo sigue yendo mal.

Mierda.

SE PUEDE PERDER

«No, la vida nunca se tiene. Se va ganando, pero se puede perder muy pronto», era el pensamiento que se le cruzó a Johny cuando cruzaba la vía del tren. Fue justo en el preciso instante en que se metía el bocadillo entre los dientes como quien hace diez días que no come. Escupió al suelo un trozo de filete que se le quedó anclado en los incisivos para segundos más tarde oír el *tracatrá* del tren y ver la luz omnipotente y cegadora del transporte. Tal vez su edad y su incipiente sordera le hicieron no darse cuenta antes de la catástrofe que se le avecinaba. De cualquier modo, el lector sabe ya que Johny moriría antes de cerciorarse que todavía no había terminado su almuerzo.

Pero la vida tenía que ser otra cosa, otra cosa más distinta y más absoluta. No podía acabarse sin más, volcada a ese sinsentido de muerte imprevista.

De repente rechinaron las vías. El estrepitoso sonido de un tren frenando alertó a la multitud de ciudadanos que recorrían las callejas del metro. Un *triiiiiiiiiiiiiiiiiiiiik* tremendo alteró el corazón de Johny como nunca antes lo había hecho. El bocadillo se le cayó al suelo.

Volteó su cabeza hacia la derecha. Ante sus ojos, una joven misteriosa vestida de negro hacía fuerza con sus brazos sensibles y sus piernas apoyadas contra las vías para salvarle la vida.

–¡Corre, sal de ahí!

Johny no supo qué hacer, su rostro simulaba una palidez casi mortal.

–¿Es qué acaso quieres morir? ¡Vuelve arriba, imbécil de mierda!

Johny pensó que la chica era tremendamente irresistible. Sus ojos de gata, el pelo oscuro que le llegaba hasta la cintura, donde unas curvas delirantes asomaban a un culo de vértigo, redondeado y muy bien puesto...

–Vale, preciosa, ahora mismo subo. Pero antes debo comprobar si eres de verdad una heroína de esas como las que salen en los tebeos –mientras decía todo esto, Johny se iba acercando a la espalda de la chica con el paso de machote que le caracterizaba: el pecho hacia delante y los hombros hacia detrás–. Como Catwoman, eso es.

Las manos del hombre que debería estar muerto comenzaron a palpar la silueta de la chica, desde los hombros hasta las caderas. Mientras, su olor a cerveza barata impregnaba el olfato de ella, que todavía hacía fuerza con sus brazos para frenar el tren de veinte vagones que vino a una velocidad de doscientos kilómetros por hora. La gente miraba asustada y señalaba con el dedo. Otros aplaudían y algunos comenzaban a sospechar sobre la pasiva reacción de Johny. «¡Gilipollas!, pero es que eres gilipollas. ¡Sal de ahí o el tren os arrastrará a los dos! ¡No ves que es una chica!», fue lo que dijo uno de los ciudadanos que observaban la escena.

–¿Y cómo dijiste que te llamas...?

Ella le miró con ira.

–Bella, puedes llamarme Bella, pero te recomendaría que saltaras de la puta vía del tren porque mi fuerza no es infinita. Si lo llego a saber hubiera dejado que te matasen, hijo de perra.

A Johny siempre le habían gustado los insultos, más todavía si procedían de una voz femenina; «los insultos puestos en la boca de una loba siempre suenan encantadores», solía decir. ¿Pero no era la vida una gran mierda si no se podía insultar? Aquella retahíla de palabras malsonantes le había encendido un morbo impresionante. Observó los músculos rígidos de la chica,

pegados al cuero de su ropaje negro. La posición de su cuerpo era precisa; claro que para poder aguantar un tren de tal envergadura lo menos que se podía hacer era posicionar los pies correctamente, hacia detrás, con los brazos estirados al norte. Su culo quedaba entonces prácticamente en el aire, en una posición bastante indecorosa si teníamos en cuenta que Johny cada vez estaba más cerca de él y pegaba su cuerpo al calor de la misteriosa Bella. El pelo de la chica, negro ónice, casi se confundía con el cuero del traje, oscuro como sus mismos ojos.

–¿Pero qué coño haces...?

Johny sabía lo que hacía. No pudo aguantar la tentación y con sus dos manos acarició el estómago cubierto de Bella. Acto seguido subió sus manos, magreándola con fuerza hasta llegar a sus pechos, sus enormes y duros pechos. Los manoseó como si hiciera diez días que no tocaba unos pechos, pero esta vez no se le quedó nada anclado en los incisivos. En este instante, como comprenderán, la gente comenzó a pensar que asistía al momento más extraño de su vida, así que no tardaron mucho en abrirse los móviles para llamar a la policía, e incluso algún transeúnte quiso bajar a la vía para apalearse a nuestro intrépido Johny.

Ocurrió más rápido que la aparición de Bella. En un segundo Johny se había lanzado al aire y se llevaba a Bella consigo, sujeta por sus pechos y por el pelo, como si se tratara de una bestia que acababa de capturar, águila cazadora.

La gente del metro miraba hacia arriba, cada vez más lejos, hasta que los dos protagonistas se fusionaron en un punto muy lejano que se perdió en el cielo despejado de la tarde.

Johny volaba con Bella entre sus brazos, que permanecía pálida y a punto de vomitar en el aire. Éste se dio cuenta del asqueroso suceso que estaba a punto de acontecer, así que aceleró su vuelo y llegó a tierra firme. Había un prado desierto que le pareció un lugar adecuado. Allí la soltó de un brusco impulso, al tiempo que descendía de pie con el pecho hacia delante y los hombros hacia detrás.

Bella yacía tirada sobre el suelo, con un moratón en la mejilla izquierda y los ojos cerrados, mareada, el pelo revuelto sobre la arena y los músculos totalmente lánguidos, seguramente desposeídos de la fuerza de una heroína, debido al tremendo esfuerzo que tuvo que hacer en la vía del tren.

Johny era listo. Sabía todo esto.

–Estuve esperando mucho tiempo este momento– soltó mientras se reía como un sádico.

Bella intentaba abrir los ojos, desnortada.

–¿Qué... qué? ¿Qué has hecho, qué ha pasado? ¡Maldita sea, me has tendido una trampa!

Johny olfateó el ambiente, como si estuviera orgulloso de la caza.

–Perspicaz... Hacía mucho tiempo que oía historias entre la gente, cuando caminaba por las calles o paseaba por la avenida de San Diego las noches calurosas del verano. Hablaban de una chica que se dedicaba a salvar las vidas de los pobres desgraciados que con tan mala suerte se metían sin darse cuenta –reía– en la vía del metro. Al parecer era precisa y nunca fallaba en sus apariciones. Tenía muy contenta a la ciudad.

Bella estaba muda.

–Y ahora... Ahora por fin te he encontrado.

–¿Quién... eres?

–¿Ya no me recuerdas? Han pasado muchos años, he cambiado algunas veces de forma, pero conservo los mismos ojos. Y he de reconocer, que aunque seas... bueno, aunque seas esto, tu forma humana es muy, pero que muy

apetecible.

Bella le miró fijamente a los ojos y gritó como si alguien acabara de morir ante sus ojos. Johnny sentenció:

-Soy tu hermano y vengo a llevarte de nuevo a nuestro mundo. Te necesitan.

SEREMOS 8 MIL MILLONES EN 2030 (continuación)

Antes del concierto tomamos mdma. Eso convirtió al concierto y al resto de la noche en una experiencia increíble de sensaciones. Y sentimientos. Buenas sensaciones y buenos sentimientos condensados en polvito blanco. Niñas y niños que leáis esto: no toméis ninguna droga, si no queréis sentir os en la cima del mundo durante una noche. No toméis drogas si no queréis abrir las puertas de la percepción. No toméis drogas si no queréis sentir el latido del corazón de La Tierra. No toméis drogas si no estáis preparados para ver de qué está hecho vuestro interior.

Desde luego que me sentía en armonía. En armonía con todo y con todos. Surgió esta idea en mi cabeza: Si yo hubiera nacido con los genes de Kate, y hubiera crecido en exactamente el mismo entorno, ¿qué me diferenciaría ahora de ella? Si fuese ese guarda de seguridad, ¿haría lo que está haciendo? Y, bajo el efecto de los cristales y de la cerveza, mi mente adquirió claridad y seguridad: Si fuese ese tío, haría lo que está haciendo. Entonces pensé en todas aquellas personas a las que no había entendido en mi vida. Pensé en aquella furcia que mintió al encargado de mi anterior trabajo para que me echara. Me imaginé sus primeros dulces años, en los que la muy hija de puta no necesitaba teñirse las canas, en los que aún no se castigaba cada vez que comía hamburguesas. Dulces años que se pudieron tornar amargos con la ayuda de un padre maltratador o una madre autoritaria y fría. Me sumergí de lleno en su personalidad, me metí en su cuerpo, en su mente, en su experiencia. Y, entonces, el hecho de mentir al encargado para que me echaran apareció como una consecuencia lógica. Todo estaba claro para mí. La pobre no había tenido otra salida. Hubiera sido imposible que hubiese actuado de otra forma. Y la perdoné. Y me sentí en paz con ella. Y luego pensé en aquel portero que me dio una paliza un miércoles, en Ibiza. Y lo perdoné. Hice las paces mentalmente con cada persona que me había jodido alguna vez. Cada putada de esta mañana se convirtió en un acto comprensible esta noche. Y comprendí a violadores, ladrones, suicidas y asesinos. Yo hubiera actuado de la misma forma que ellos si hubiera estado en su piel. Pero al juzgarlos, olvidamos eso. Otros sentimientos afloran en nosotros y somos incapaces de ver con claridad, como veo yo ahora. “Señoría, presento mi última prueba, y la más importante. Que traigan la bandeja de mdma y que el jurado lo tome.”

Sentirse en armonía con todo implica entender a tu asesino.

Kate se había marchado de nuevo. Ahora que lo pienso, recuerdo que me besó en la frente antes de irse. Tiene un cuerpo delgado, lo que significa que come al borde de la halitosis. De ahí el beso en la frente, y no en la boca. Seguramente sería bulímica, o anoréxica. Casi todas lo son.

Me había dejado una bandeja con un bol, leche y cereales parecidos a los pops, pero más baratos, que eran los que yo compraba. Siempre acababan irritándome el paladar, pero me gustaban. Y el detalle de Kate, me hizo sonreír. Creo que se estaba enamorando de mí.

Era mi día libre, así que al levantarme, encendí la tele. Me puse a ver una televenta. Antes de mostrar el producto, hay una serie de imágenes, a veces en blanco y negro, que luego tachan con una cruz roja. Una serie de imágenes supuestamente destinadas a mostrar la incomodidad de la vida ANTES de adquirir el producto. Para una escoba con mango giratorio que barre las

esquinas a la perfección, la imagen muestra a un ama de casa con cara de molestia, intentando quitar la mierda de una de esas esquinas, de manera torpe, y sin ningún éxito. La imagen resulta cómica. Para una maquinilla de afeitar el interior de la nariz y de las orejas, aparece un hombre tirándose de los pelos de la nariz y gesticulando del dolor. Y me resulta divertido pensar que la vida de la gente como yo, la vida de las personas que no tienen la mesa Stabilizer, ni el cepillo QuickStart, ni el guante limpia-mascotas PetSafe, ni el robot de cocina Maximix, la vida de las personas que no tienen el juego de cuchillos Harmony, es una vida en blanco y negro, con cara de fastidio y de gestos torpes. Somos los infelices no poseedores de (si llama ahora) dos maravillosas almohadas Dragonfly al precio de una. Y un día nos tacharán con una cruz roja.

A lo mejor si apago la tele, el día se vuelve CMYK.

Son las cuatro de la tarde. El día, como mucho, es ahora RGB.

El momento era perfecto para una sesión de onironáutica. Aún tenía sueño, acababa de comer una pasta de sobre de esas que te piden que viertas el contenido cuando el agua está hirviendo, y, al verterlo, el polvo de dentro que está destinado a suplir la salsa de queso, se queda pegado al sobre debido al vapor. Un incordio en blanco y negro que tacharán con una cruz en alguna televenta futura. Una pasta de sobre de esas. Y era el momento perfecto para navegar en mis sueños.

La preparación es simple: sólo necesito la alarma de mi móvil, la cama, y algo de sueño. Para mí es fácil quedarme dormido. Normalmente, en 20 minutos estoy durmiendo. Pongo la alarma a las cuatro y media. Cuando me despierte, pulsaré el botón “repetir alarma”, que la repetirá en veinte minutos. Es la duración del viaje, 20 minutos. 20 minutos con Dios. Si Dios está ocupado, si no consigo “despertar” dentro del sueño, entonces tengo otra oportunidad en 20 minutos. Y si todo falla, al menos, habré dormido la siesta.

Cambié de canal en la tele. Era un canal de bricolaje, o algo así. Solo que el tipo que lo presentaba llevaba una bata blanca y una mascarilla. Estaba explicando cómo agrandar el pecho en casa. “Pedid las prótesis a Estados Unidos, mejor que a China. Las chinas suelen dar más problemas. Bien, practicamos un corte por la línea de puntos que habíamos dibujado previamente, que nadie se asuste al ver la grasa...” Esto es surrealista. ¿O es un sueño? Sí, eso es, estoy en un sueño. Vale. Desde aquí veo mi cuarto. Dentro del cuarto está la isla con el cielo rosa. Busco una charca. Allí estoy yo, y me pregunto: “Hola, Dios.” “Hola”, me responde. Da alegría volver a ver a los viejos amigos.

Siempre le pregunto por estadísticas. Él lo sabe todo, o eso parece. Al menos, siempre me responde. En esta tarde de consciencia onírica, he visitado una habitación en la que se encontraban todos los objetos que yo había perdido. Vi el tigre de He-man que perdí cuando tenía cinco años, en una excursión. Vi una caja llena de llaves, otra caja llena de dinero, otra llena de papelitos. Cogí un papelito. Ponía “Silvia, te quiero.” ¡Vaya! Esto no lo perdí, creo que me lo quitaron. Vi dos móviles. Vi mi cámara de fotos de Indiana Jones, vi revistas porno, vi púas de guitarra, mecheros... Vi mi camiseta de Naranjito, y chupetes. Vi un dibujo que hice de mis compañeros de clase, y una estantería con cintas de música. Podía escuchar la música simplemente mirándolas. Y reconocía cada cinta. Vi un álbum de fotos. Eran fotos que había perdido, pero poco a poco se fueron centrando en personas... ¿personas que había perdido? Vi una foto de Kate. Nunca he visto una foto de ella, ¿qué hace aquí? ¿Acaso he perdido a Kate?

Me desperté sudando. Lo malo de hablar contigo mismo es que a veces te

dices cosas que no quieres oír. Empecé a recordar detalles de anoche. El alcohol, a veces, inhabilita la memoria. Recuerdo haberle llamado puta. Recuerdo que le pegué. ¡Joder! Le escupí en la cara, y le obligué a chupármela. Mierda. Había una nota doblada en la bandeja del desayuno. No la había leído aún. Al coger la nota, tiré el bol al suelo. Después de leerla, me corté en el pie. Mierda.

“No pensé que fueras así.”

Llegados a este punto de la narración, debería explicar cómo llegué al karaoke. Hacía dos años que compartía mi vida con Roxana. Ella lo era todo para mí, y yo todo para ella. Nuestra relación era intensa. No había lugar para el aburrimiento. Si nos aburríamos, nos peleábamos, cortábamos, y luego volvíamos. Eso daba al sexo otra dimensión. Montábamos teatros, en los que yo era su primo de 25 años y ella mi inocente prima de catorce. Teatros en los que el deseo se mezcla con la perversión y la humillación. Sadomasoquismo en vivo y en primera persona. Las hostias, insultos y escupitajos formaban parte de nuestra rutina sexual diaria. Pellizcos en el clítoris, mordiscos que dejan cardenal, marcas del cinturón en la piel. Olvidarse de la higiene íntima a propósito para hacer más sucio el sexo oral... arcadas, orines, vómitos, mierda... Teníamos una polla de plástico y solía pasársela del culo a la boca mientras me la follaba. Ni se te ocurra llorar, puta. ¿Te gusta esto, prima? Te haré esto todos los días en secreto, y no se te ocurra chivarte o... Roxana no tenía límite. Un día estábamos simulando una violación. Le tenía tapada la boca con la mano. Ella se quejaba, intentaba gritar, me daba puñetazos y me arañaba. Todo aquello era normal. No me di cuenta de que mi mano le tapaba también la nariz hasta que le empezó a cambiar de color la cara. Aquel fue un buen orgasmo para los dos.

Esa era mi rutina sexual anterior a Kate. El día del concierto, bebí demasiado alcohol y acabé dejándome llevar por la costumbre a la hora de acostarme con ella. Un gran error. Porque yo no necesitaba aquello para disfrutar del sexo, y estaba abierto a los gustos de Kate (fueran cuales fueran). Ahora la había cagado. Es el espíritu de Roxana que hace lo que sea por verme alejado de otra mujer. Estoy casi seguro. No necesito explicar lo bueno que fue todo al conocerla, pero con el tiempo se hizo celosa y dependiente. Muy celosa y muy dependiente. Tanto que me parecía estar saliendo conmigo mismo. Se hacía lo que yo decía y punto. La anulé por completo. Me convertí en un “experto” para ella. Yo soy mayor, y sé algunas cosas que ella no. Pero al final, parecía como si yo supiera todos los secretos del universo y ella no pudiera si quiera cuestionárselos.

Una semana antes del día del karaoke, decidí liberarla. Fue doloroso para ambos. Sin embargo, a mí me ayudaba el hecho de pensar que estaba obrando bien al dejarla. Me dijo que se suicidaría, que subiría a su piso y se tiraría por el balcón. Que cogería los cordones de sus zapatillas y se ahorcaría con ellos. Esta era la recompensa que me preparó el destino por compartir conocimientos con la persona amada en momentos de felicidad. Por enseñarle la cinta de Möbius, por contarle la historia detrás de la palabra “maratón”, por grabarle un CD con dieciséis versiones distintas de I will survive, por explicarle la paradoja de la cabra de Monty Hall. El premio por tanta dedicación fue subirme a un pedestal desde donde no podría disfrutarla nunca más.

Siempre salía con ella, o no salía. Nos quedábamos los sábados por la noche viendo Twin Peaks, o películas de miedo. Así que esa noche en el karaoke fue mi primera noche de sábado solo desde hacía dos años. Duré una semana sin pareja. Típico de mí.

Los siguientes días al día en que Kate me preparó el desayuno fueron como pasar el día en una tienda de campaña unipersonal habiendo visto el maravilloso campo de fuera. Lo estaba pasando realmente mal. Me enamoré de ella. De la forma que tenía de decir “no”, moviendo la cabeza como una loca. De la ilusión que desprendía cuando hablaba del futuro. De su forma de ver el mundo, de su capacidad para creer que hay algo bueno dentro de las personas. De eso que hacía con las tetas... Tenía que recuperarla... No estaba dispuesto a que le hiciera eso de las tetas a otro. Supongo que esa es la definición de amor que aparece en el diccionario... “Dícese de la incapacidad para aceptar que otra persona disfrute en privado del espectáculo que representa que tu chica pueda mover cada teta por separado alternativamente.” Tenía que recuperarla.

Fui a verla a su trabajo. Me contó que, por la noche, vistas desde donde ella trabajaba, las ciudades parecían grietas de lava abiertas en el valle de un volcán. No quiso hablarme. Me dijo que me fuera, que no tenía nada de lo que hablar conmigo. Volviendo a casa en el N17, lloré. Y ver a un grupo de ancianos guiris siendo timados por el servicio de Aerobús de Barcelona, no me dio muchos ánimos. Para mí, esto y que Kate no quisiera hablarme tenían mucho que ver. En el mundo no cabía la esperanza de que las cosas fueran a mejor. No tenía sentido confiar en la bondad de las personas, en su capacidad de perdonar o de ser honradas. Todo salía mal, y por eso, lloraba. Incluso Kate cobraba las latas de Coca-Cola a 2,60 euros. Todo era triste, feo, por eso lloraba. Como una lámpara de esas de las de todo a un euro que simulan ser una llama con tela, luz y aire, en un escaparate al sol, donde el efecto no funciona. Como ver moverse los supuestos pies (con calcetines) del tío que hay dentro de la caja que va a ser cortada en dos por el mago, de forma periódica. Feo como darse cuenta de por qué ni las hamburguesas de McDonalds ni los bocadillos de Bocatta tienen fecha de caducidad impresa. Como ver que un día es inevitable admitir que te estás quedando calvo. Por eso lloraba. ¿A qué viene toda esta obsesión por la cultura? A lo mejor no es tan bueno saber cosas, dedicar la vida a llenar de información la cabeza. A lo mejor seguiría con Roxana si no hubiese conocido a M.C. Escher. A lo mejor desearía ir al circo si no supiera lo mal que se trata a los animales allí. A lo mejor ni quiero saber que existe el Acid Pro ni el FL Studio. Ni que mi tío ya tenía la moneda en la mano antes de sacármela de detrás de la oreja. A lo mejor los guiris no quieren saber que el N17 vale 2,25 euros menos de lo que están pagando. A lo mejor yo no quiero saber que en África mueren para que yo viva.

Me siento mal. Creo que voy a vomitar. La he cagado, y no hay vuelta atrás.

Ya dijo Borges que no pasa un día en que no estemos un instante en el infierno.

Hoy sólo tengo pensamientos negativos. Kate no contesta a mis llamadas.

“Sólo los cuerdos se pueden volver locos.” “Sería fantástico dejar todo un libro como nota de suicidio.” “El ser humano es retorcido por naturaleza, prueba de ello es que controlemos el lado derecho del cuerpo con el lado izquierdo del cerebro y viceversa.” “Los adultos estamos demasiado enfadados ya para comprender nada nuevo.” “¿Por qué el psicólogo no te trata ese trauma que representa tener que pagar para que te escuchen?” “Alguien debería escribir «Cómo desarrollar esquizofrenia para combatir la soledad.»” “No es posible ganar mucho dinero de forma honrada.” “Los científicos especializados no entienden nada de lo que hacen sus colegas en otras especialidades, con lo que la fe se ha convertido en parte inherente a la profesión de investigador.” “Desear al guapo de la clase debe de ser el fundamento de la mística unión colegial gorda-marica.” “Ahora mismo están

estudiando la forma de sacarte todo el dinero posible.” “El misterio de la C.” “La incomprensión mueve el mundo.” “Si no confiamos en un elixir de vida fabricado por una funeraria, ¿por qué nos fiamos de una crema reparadora de dientes fabricada por los que se ganan la vida gracias a los desperfectos que les causamos?”

Tengo la habitación llena de papelitos, pegatinas, dibujos, y, sobre todo, frases. Lo empecé a hacer antes de conocer a Roxana, y no tengo idea de por qué. Hoy sólo me fijo en lo negativo.

El misterio de la C consiste en que sólo hay 7 letras mayúsculas en el alfabeto castellano que tengan huecos, distribuidas en 2 grupos. OPQR y ABCD. ¿Qué hace la C ahí, si no tiene huecos? Creo que pienso gilipollices así para pasar el tiempo sin pensar en lo importante, sin pensar en mi vida, en el camino que llevo y todo eso. En lo irresponsable que he sido para llegar aquí y así. Los días pasan y ella no me llama.

A más me ignora, más me importa.

Hoy he decidido reconquistarla. Sé dónde come. En el restaurante vegano ese del centro. Vegano significa que no comen carne ni huevos ni leche pero sí se maquillan con L’Oreal o Max Factor, se afeitan las piernas y la barba con Gillette, se lavan el pelo con Pantene y no saben lo que es eso de Unilever. Por supuesto tú tampoco sabrás a qué viene todo esto.

Así que llamo a un amigo que toca el acordeón y me planto con mi guitarra y un clavel en el ojal, en el restaurante. Alex y yo nos hemos aprendido una ranchera. Entramos cantando 10 minutos después de que ella entrara.

-...el tiempo que he sufrido por tu adiós...

Kate está con un tío vegano afeitado que me mira con muy mala pinta y a ella también, y que sale enfadado del restaurante. Yo me quedo mirando a Kate, sonriendo, dejo mi guitarra, cojo el clavel, y se lo ofrezco.

Primer plano de mujer mirando a cámara. Línea de texto: “Nunca jamás vuelvas a acercarte a mí.” Contraplano de hombre con expresión turbada. La mujer sale del restaurante. Fundido a negro.

Hace 3 meses de eso. No he vuelto a hablar con ella, por supuesto.

Un día leí que las personas despedimos olor a pis, y a mierda, pero en pequeña proporción, de forma que nuestro olor corporal es agradable para el sexo opuesto. Pensé que mi pequeño arrebató en la cama, aquel día, podría ser algo así como el minúsculo trozo de mierda que se junta con el resto de minúsculos trozos que crean un olor corporal agradable. Por lo visto me equivoqué.

Comencé un proceso de depresión después del fundido a negro. Eso me dijo un psiquiatra que tuve. Me dediqué a beber, decidí que había luchado, joder, me había puesto un clavel en el ojal y había tocado una ranchera. Si eso no es lucha, no sé qué puede serlo. Decidí que había luchado y había perdido. La naturaleza es sabia, pero no tanto como para no necesitar de la muerte de individuos para mejorar la especie. Mi vida no ha sido pensada por nadie, ni por nada. No tiene ningún sentido y no debe tenerlo. Da igual lo que hubiera hecho, si no hubiera tirado mi vida por la borda, si hubiera ido a alcohólicos anónimos... hubiera sido igual. Hubiera muerto 20 años después, eso es todo. Si sólo existiésemos los hombres, nos habríamos matado antes de extinguirnos. La evolución ha obligado a que las mujeres que existen tengan esa absurda necesidad de descendencia. Las que no la tuvieron, hace tiempo que murieron sin dejarnos su huella genética. Mantener a la especie viva y cambiando es lo único que caracteriza a las especies porque es algo obligatorio.

Las que no mantuvieron a la especie viva, no existen. Es un hecho obvio. Sin embargo, injustamente no aceptado a nivel global. Nos negamos a aceptar que somos casualidad, nada pensado, nada con sentido. La vida en general no tiene sentido alguno, no hay algo más profundo después. Sólo en películas y en libros gordos. La verdad es que es todo un completo sinsentido, y no es algo negativo, simplemente es así. Mi vida la acabé de vivir en aquel vegano. Me dio igual poder comprar discos de vinilo para enseñar la colección a amigos o amigas y que me envidiaran por ello. Me dio igual la posibilidad de aprender a tocar el piano y componer suites que harían llorar a los críticos. Dejé de desear pasar a la historia como artista, como escritor. Dejé de desear una vida apacible y feliz. Kate, en aquel restaurante, me quitó las ganas de vivir, y me hizo ver que no tienen una razón de ser. Las ganas de vivir son pura invención, una construcción de la mente. No son verdaderas. Puede que necesarias, pero ilógicas. Yo decidí que aquel era un buen punto y final para mi vida. Y ciertamente, beber es un buen sustituto para la vida. Sólo te preocupas de seguir bebiendo. Bueno, yo ahora estoy preocupado porque la enfermera no me vea fumando... ¿y dónde está el puto Marca?

¿Ya han pasado treinta y ocho años?
En Occidente vivimos felices.

TENÍA VALOR SENTIMENTAL

-Tenía valor sentimental -Pup era un tipo duro, con barba y tal y el ceño eternamente fruncido y la cara quemada de la vida que era como cuero, pero aunque todo eso seguía así, ahora en sus ojos había eso turbio que les sale cuando asoma una lágrima. Los dos se quedaron mirando. La verdad es que Rob no sabía qué decir.

-Joder... Tío -Se empezaba a sentir fatal, como mareado o algo, pero no. El caso es que se empezaba a sentir puñeteramente mal -Lo siento.

Sopló el viento de la ciudad surcando sus orejas. Fiuuu, fiuuu. Sopló un poco más. Allí tenían siempre la puerta abierta, aunque fuera invierno. No sé por qué.

-Joder, Rob. Significaba algo para mí. Cago en la puta cabrón de mierda.

-Bueno, tío, no lo he hecho a posta, toma.

-No, joder, es que eres idiota. No lo quiero.

Rob lo miró.

-¿Y qué hago con él?

-No sé. Fúmatelo si te da la gana -Era evidente que Pup no lo decía muy convencido, que era más bien un comentario de esos que los amigos saben interpretar, pero Rob no lo entendió en absoluto. Si lo hubiese entendido tampoco hubiese sabido hacer nada mejor. Así que le dio una calada y el humo le creció por dentro de los pulmones, haciendo las formas que hace él por los alvéolos. A Pup eso no le gustó una mierda, casi le duele la maldita calada del tonto de Rob que le había cogido justamente ESE cigarrillo. Si es que además se notaba, se notaba que era ÉSE. Estaba arrugado como de un montón de tiempo en la cigarrera, viejo, y tenía una traza de carmín en la punta. Sería idiota. Aunque estaba un poco oscuro, pero da igual. Pup se empezó a sulfurar a base de pensamientos de este estilo.

-Grrrh -Gruñó. Y Rob pegó otra calada, no tenía nada que decir.

-Grrrh, grrrrrrrh -Otra vez.

Rob miró la punta encendida, primero la punta del cigarrillo y luego la cara de Pup. El cigarrillo parecía inofensivo, brillando de naranja, *combustiéndose*, pero Pup no. Luego sus ojos se fijaron en los de él. Rob juraría que fue sin querer. Fue un poco incómodo.

-Lo siento -Creyó que iba a salir del paso así, y aunque con eso pudo apartarle la mirada (echando a correr a la suya como un perro avergonzado, el rabo entre las patas y gimiendo cobardemente) sabía que se había mentido en un lío con Pup. Pup era un bruto, por cierto. El idiota de Rob no tuvo otra que fumar más, royendo la herida del amigo que por dentro se estaba revolviendo como torturado.

-Puto, asqueroso -Pero Pup era más de acción, los insultos son para los mariquitas decía. Se levantó, tiró el torso sobre la mesa y la cara de Rob contra la pared detrás suyo de una hostia que retumbó hasta en Filipinas. La cabeza de Rob, a la vez que se abría como una flor de sangre, hacía una intentona seria de derribar el bar.

-AAAAAH -Fue así el grito que pegó del dolor, más o menos. Se echó a la cabeza las manos, como para tapar el sumidero que echaba líquido a voluntad. Entre un par de dedos había aún un cigarrillo marcado con carmín sacando humo. La sangre se derramaba por los huecos que dejaban sus manos. Blug, blug, hubiese oído un ratón, que tienen un oído excelente. Rob se sentía ahora

mucho más mareado que antes por la culpa.

-Sabías lo que significaba para mí. Lo sabías, y ahí estabas, jodiendo con él, chupándolo como si chuparas la boca del coño de Jacqueline y consiguiendo que tuviera ganas de matarte. Chuf –La onomatopeya era para el escupitajo que le tiró y que le dio. Si le dio... La verdad es que tuvo mucha puntería, eso hay que admitirlo. Le pegó en todo el ojo e iba con un montón de espuma. Era muy asqueroso, y esas cosas, como son viscosas, se pegan al ojo y aunque no lo muevas van reptando por su superficie hasta el nervio de detrás que va hasta el cerebro, y seguro que haciendo surf por allí hasta llega a babear los pensamientos si ha dado en el lugar justo y si se lo propone.

-UAAAAH –Suerte que Rob no tenía imaginación para estas cosas y se limitaba a sentir dolor y a pegar gritos de neandertal sodomizado por un mamut.

Entonces Pup levantó su piernaza de treinta quilos por encima de la mesa, sin prisa, subiéndose los pantalones antes para taparse la raja del culo, y le rompió la nariz con la suela del zapato y ya de paso le produjo un traumatismo encefálico otra vez contra la pared, que ya estaba salpicadísima de rojo. Mientras, en la barra el barman servía una pollada con alcohol a un cliente y en la mesa de al lado unos estaban demasiado hartos de éxtasis como para ocuparse de trivialidades así.

Rob ya se había desmayado. Tenía la mejilla pegada a la mesa y se estaba formando un charco caliente de sangre debajo suyo y Pup, no contento, porque cuando se enfadaba, se enfadaba de verdad, cogió la cabeza del pobre e indefenso y en coma Rob y la pego como quien quiere partir un coco contra una mesa de bar varias veces. Luego se volvió a subir el pantalón y se marchó bufando de allí.

Cuando llegó la ambulancia, los tipos esos, los... paramédicos, se estuvieron riendo un rato de cómo se había muerto Rob, las manos tendiendo inertes a cada lado del cuerpo pero con una colilla entre los dedos de la derecha, en la que había aún una mancha de carmín que ellos no vieron porque estaba debajo de la capa de sangre a medio coagular, en la que la habían rebozado entre los dos amigos y Jacqueline.

LOS ZOMBIS NO SABEN LEER Vol. 2

Un pitido agudo sacudió sus oídos en la oscuridad, intentó levantar los párpados pero no pudo, se inclinó y tosió lo que seguramente sería sangre, volvió a dejarse caer y separó la cortina legañosa con sus dedos; ante él se descubrió la sombra alargada de un perdedor. Apoyado en el radiador del coche e iluminado por un faro titilante. ¿Qué demonios hacía ahí? Se levantó como si Elvis hubiese bailado sobre su cadáver, se metió dentro del coche, y observó con incredulidad la jeringa clavada en la carne quemada. -Mierda.

El motor está tan destrozado como él, se niega a arrancar entre quejidos y ronquidos; lo apaga todo y jadea con el contacto en la mano. Gruñe salvajemente con la mirada tuerta en la oscuridad, pisa a fondo y patina entre el polvo, a la caza del rojo amanecer.

Se pasa la lengua por los dientes mientras le quita el seguro a la pistola, empuñándola como un falo enorme entre sus manos -Os voy a joder, joder-. Ya se puede ver el edificio a lo lejos, con un sol sangriento a sus espaldas, ya puede oler el olor de la pólvora, y probar el sabor de la venganza. Lleva ese trasto hasta su límite, con la aguja al límite del rojo, saca la mano con la pistola sobre el retrovisor, un piloto se enciende pero lo ignora; la ventanilla de atrás se cubre de sesos mientras el cuerpo se desploma por detrás.

El coche se zarandea, de dos golpes se para el motor: se agotó la batería. La ha cagado, y lo sabe, ya tendría que estar frenando, cada segundo que lo piensa es un segundo menos que le queda de vida, tira del freno de mano; mala idea. Arrolla a uno, le pasa por encima, la rueda se bloquea y la chatarra comienza a dar vueltas de campana, se rompen los cristales, se deforma, atraviesa el vestíbulo arrasando con todo a su paso, hasta detenerle una pared.

Entre el humo, el polvo y la sangre se arrastra; como aquellos infelices que se ha llevado por delante se arrastra. Sale por la ventanilla con la pistola en la mano, se levanta con la espalda contra la carrocería -creo que me he jodido la puta rodilla-, cojea hasta el maletero, abre el capó a golpes y cae el premio de esa piñata metálica. Coge un cigarrillo, se lo enciende, exhala una bocanada que se abre paso atravesando la polvareda y remata a los zombis que hay en el suelo.

-Ese hijo de puta va armado hasta los dientes, dirán -Asoma la pistola por la puerta y tres sombras gritan como niños asustados, vacía el cargador contra ellos; no le gustan los niños. Comprueba el resto del pasillo -alguien ha estado jugando a los bolos con unas cabezas-, antes de revisar los cuerpos: llevan camisones de hospital pero, qué raro, en éste pone Doctora Silvia Suares... por qué.

En la esquina hay un despacho, enciende el ordenador, el cual está protegido por una clave de tres letras. Mira alrededor, en los cajones del escritorio, hasta encontrar una foto de la usuaria, buscando cualquier pista que le ayude a descubrir el password. Prueba a poner FAT, pero le niega el acceso. Mira más concienzudamente, se asoma al pasillo, se sienta en la mesa y teclea BAD, pero tampoco es la correcta. Entonces mira hacia arriba, sobre el marco de la puerta, y ve un crucifijo; GOD, lo último en lo que habría pensado. Recorre la pantalla llena de iconos hasta un nombre llamativo: SecretoInforme73.

Los resultados de las pruebas muestran que más del 99% de los pacientes responden favorablemente a los resultados del fármaco, por ello WUV ha

llegado a un acuerdo con el gobierno de Corea del Norte para que se haga una prueba con medio millón de sujetos antes de su salida al mercado. Debido a esto, es probable que en el futuro tenga usted que cumplir con la cláusula 54.32 de su contrato y ser movilizado a nuestras instalaciones en China, Rusia o Norcorea.

Pulsó el botón del ascensor, cargó la escopeta, se abrieron las puertas y se descubrió ante él una pila de cadáveres acribillados; entró tapándose la boca con una mano y con la otra sujetando la recortada, presionó el -1, se cerraron las puertas dejándole a oscuras, rodeado de muertos, y al abrirse, la agarró con las dos manos y el cargador le abrió las tripas a un zombi, que se desplomó como un castillo de naipes.

Mientras cargaba y el cartucho volaba contra el suelo, surgieron otros cuatro de las sombras que corrían como demonios; alzaron sus garras, abrieron la boca y comieron metralla. El cuarto saltó sobre los abatidos y fue noqueado de un culatazo, desintegrando la nariz, hundiéndose y clavando la mandíbula en la masa carnosa. Revisó el pasillo y los despachos, que alguien había decorado macabramente con los restos de sus inquilinos.

Al final había un panel ensangrentado, al lado de una puerta de seguridad; limpiando la zona con la mano le sorprendió una voz familiar: Acceso denegado. Volvió donde había dejado a su amiga *carachafada*, desenfundó el cuchillo y comenzó a cortar por debajo de los anillos. Mientras colocaba el anular sobre el panel, repetía con los labios y recordaba esas palabras: Acceso concedido. *Le acompañará a partir de aquí la enfermera hasta el doctor... ah, sí, le han asignado al doctor Baranowicz.*

Los focos se encendieron progresivamente, uno detrás de otro, desde el fondo de la sala; todo seguía igual que la última vez: camillas, cortinas, lavabos... todo de un blanco frío y sepulcral. Las mayores barbaridades ya no las cometen enfermos mentales en lúgubres desvanes. Allí no quedaba nada, era un lugar muerto y de muerte.

Se abrieron las puertas del ascensor en el piso inferior, los perdigones sesgaron el aire, el disparo retumbó por toda la planta, despertando a todas las bestias que se agazapaban entre los cadáveres. Un recodo les separaba - ¡Vamos hijos de perra, venid aquí!-, apuntó bien a la esquina para volarle la cabeza al primero que asomara el hocico, la puerta se cerró y surgieron todos a la vez. La escopeta se atascó en el peor momento, desenfundó la pistola y disparó a bocajarro con la certeza de que sería lo último que haría. Las balas se abrieron paso entre las cabezas sin acertar a dar a nadie, alcanzando el extintor de la pared, el cual salió disparado contra ellas, salvando el día. Metió otro cargador y disparó entre la nube de espuma hasta que dejaron de moverse.

Avanzando con cuidado entró en una sala contigua que mantenía el ordenador encendido, recogió la pantalla del suelo, y exploró algunas carpetas de informes médicos y pornografía, hasta encontrar otra nueva circular: Con la aprobación de la nueva normativa por parte del Gobierno y gracias al ministro, suministrarán pronto nuestro compuesto por la red de abastecimiento de aguas. Para el presidente es el cumplimiento del sueño americano, una raza de hombres fuertes y trabajadores, para nosotros también, un contrato anual de cien mil millones.

Las últimas balas, baja con una pistola en la mano y un cuchillo en la otra, rodeado de muertos, con un único objetivo: matar a Andrzej Baranowicz, acabar con el malo de la película, hacerle pagar por todo lo que le ha hecho, por todo lo ha hecho a todo el mundo; lo encontrará y lo matará, pero antes le cortará los huevos, como recuerdo. Se abre la puerta, dispara a cualquier cosa que se mantenga en pie, vacía el cargador y remata a uno con la de la

recámara antes de que toque suelo.

Alguien le agarra la pierna y le muerde -La puta rodilla-; cae sobre él clavándole el cuchillo, le apuñala en la cara, pero sabe que no puede quedarse ahí tirado; se arrastra como un soldado herido, ésta es su guerra personal y el objetivo es salvar el culo; pero cuando Dios no te echa una mano te da una pistola, y esos uniformes ensangrentados tienen que ser una mina.

Con una metralleta como botín, entra en una consulta y se atrinchera tras la puerta; buscando en el botiquín encuentra varias botellas de galón de alcohol, se sienta en una silla de ruedas, vacía un frasco entero sobre las heridas aguantando las blasfemias, comprueba la munición, le echa un par y vuelve montado en un carro de guerra.

¡Cabrones, papá ha vuelto! -Los zombis no tardaron en responder a la llamada, vinieron en tropel y tantos como vinieron se postraron a sus pies, los proyectiles silbaban, desgarraban y mutilaban, el pasillo quedó sembrado de muertos, el olor a putrefacción se convirtió en el olor de la victoria, quedando al final sólo el eco de la ira resonando por las salas.

Revisó los despachos del ala izquierda, la mayoría estaban abiertos y con los restos de los doctores esparcidos, pero a él sólo le interesaba un nombre; tras la puerta de Baranowicz no había rastro de lucha, al parecer tuvo prisa por dejar este sitio, ni siquiera apagó el ordenador. -Si Hitler hubiese archivado uno por uno los casos de los judíos a los que torturó y asesinó, no estaría ni la mitad de jodido que tú, cabronazo.

11Oct. Estos... efectos secundarios no previstos lo echan todo a perder. Lo que no entiendes Andrzej es que ahora que el Gobierno nos ha dado la espalda no hay nada que hacer; nos han retirado la protección y no quieren saber nada de nosotros. He oído que los de la WUV van a contratar seguridad privada hasta que nos trasladen a todos a China.

Por lo visto creen que pueden engañar a los chinos para que acepten el mismo trato por unos cuantos sobornos. Por cierto, Sara está bien, te envía saludos.

28Nov. Han aceptado ¿Te lo puedes creer? ¿Es que no han visto las mutaciones? En dos meses quieren empezar a verterlo en las potabilizadoras y me mandan a mí a supervisar la capital, ¡ni siquiera me han preguntado si quería el traslado! Espero que te vaya bien a cargo de la Comisión de Mejora, no me gustaría que esto se extendiera. Por cierto, ¿sabes algo de esa vacuna contra la meningitis que iban a poner en tu sección?

Pasillo abajo huele a quemado, son los laboratorios y alguien les ha prendido fuego. En el suelo se puede leer entre los papeles **PUEDO SALVAROS**; mirando alrededor queda claro que no podía, que nadie puede. El papel queda atrás, quemado por los bordes, empapado de sangre, las ruedas patinan enrojecidas hacia el final del corredor, entrando en la última sala.

Ding- Cien metros a su espalda se abre el ascensor, ya vienen corriendo sobre los restos de sus hermanos muertos, a través del portal se les ve como salidos del mismo infierno; mientras las manecillas y una rosca giran, mientras un trapo empapado se enciende, cuando están tan cerca que el brillo rojo de sus ojos te atraviesa, una botella de alcohol vuela incendiaria como un balón de baloncesto.

Pulsa el botón y la puerta se cierra, zombis quemándose en el pasillo aúllan y gritan, arañando las paredes. Sólo le queda un cuchillo y poco tiempo, los que iban detrás golpean los cristales como bestias en celo. Lo que más le jode no es haber fracasado con lo de Baranowicz, con suerte alguno de estos se lo habrá follado, lo que de verdad le hunde la moral es no tener ni una bala para acabar consigo; lo único que hay allí son concentraciones del mutagénico por todas partes.

Éste es el final del camino, estaba condenado desde el principio y hay

situaciones de las que es inútil escapar, su tiempo se agota, sólo le queda pagar. Tal vez no tenga ningún sentido pero no puede pensar en nadie porque nadie le espera, no habrá quien lllore su muerte, ni a quien le importe, incluso antes de comenzar todo esto ya se encontraba muerto. Ése es su destino: ser un muerto que camina sin camino.

Agarra las jeringuillas y una a una las va vaciando en su brazo, se inyecta tantas que pierde la cuenta, los perros están sueltos ahí fuera, le llaman desde el otro lado, los latidos se paran, se queda sin aliento, los brazos no responden, pero esboza una mueca, que bien podría ser una sonrisa; se ha acabado.

PRIDE MOUNTAIN (III)

Los pálidos rayos del alba se cuelan entre las contraventanas de una modesta casa a las afueras de Castle Rock. En una cama amplia, demasiado para una sola persona, Mick Bridges abre los ojos al nuevo día y se levanta para cumplir con la rutina en la que se ha convertido su existencia. Se dirige al cuarto de su hijo y lo despierta con un beso y un cariñoso tirón de pelo. Cuando el muchacho abre sus ojos azules, no puede evitar una punzada en el corazón por el recuerdo de otros ojos azules y de otro tiempo no tan lejano. Después se dedica a rehacer las camas, primero la de su hijo, después la suya, mientras el rubio muchacho se encarga de encender el hornillo con las agonizantes ascuas de la chimenea y un poco de paja.

Más tarde, ya aseado, afeitado, recortados bigote y perilla, con el traje oscuro puesto, lazo al cuello, brazalete negro unas pulgadas por encima del codo izquierdo, la estrella de seis puntas en el pecho, y las pistoleras bien ajustadas a los muslos, Bridges comparte el café y los huevos revueltos que ha preparado Bobbi en una cocina que cada día se les hace más grande. El padre no se siente con fuerzas para romper los silencios que rondan por la casa; el hijo, más entero que su progenitor, se niega a dejarse llevar por el pasado.

-¿Va a encerrar a muchos malvados hoy, padre? -el muchacho trata de romper el silencio con algo.

-No sé, Bobbi -responde el padre tras unos segundos-, espero no tener que encerrar a ninguno.

-¿Cómo que no? Tiene que encerrar a todos los que pueda y más para convertirse en el Sheriff más famoso de todo Colorado. Tan famoso como David Crockett -sonríe por él y por su padre.

-Bobbi -contesta Bridges tratando de acompañarle en la sonrisa-, yo no quiero ser el Sheriff más famoso de todo Colorado, ni tampoco tan famoso como David Crockett.

-¿No? -se finge asombrado.

-No, Bobbi, no quiero fama, sólo cumplir honestamente con mi trabajo y tener más tiempo para cuidar de ti -le acaricia el pelo-. Además, ¿a quién quieres que encierre? ¿Al pobre Rudolf?

-Sí, encierre a Rudolf, por borracho y por piojoso.

-¡Bobbi! -se enfada Bridges.

-Lo siento. -El muchacho baja la mirada, para acto seguido levantarla con el mismo brillo de antes-. ¿Pero qué me dice de Johnson, el herrero? Ése tiene cara de malvado.

-No se puede encerrar a nadie "por tener cara de malvado", Bobbi.

Las cosas de los mayores no funcionan así.

-Bueno, pero de todas formas vigílele, que seguro que hace algo -Bobbi no se rinde.

-Si insistes, no le quitaré el ojo de encima, socio -termina cediendo Bridges con una sonrisa-. ¿Algún sospechoso más?

-Mmmm -Bobbi frunce el ceño-, ahora mismo no sé... Bueno, también está el señor Raddock, y sus muchachos...

Bridges tuerce el gesto, se levanta, recoge los platos y los coloca en el barreño de lavar. Después, en silencio, vuelve a ajustarse el cinto, se coloca el sombrero, y se dirige hacia la puerta.

-Bobbi, ve vistiéndote cuanto antes para ir a la escuela; no quiero que llegues

tarde -dice secamente.

-Sí, padre -el muchacho tiene la mirada baja.

-Luego iré a visitar a la señorita Ferguson -suaviza un poco en tono-, a ver qué tal te va con los estudios.

-Sí.

-Hasta la tarde.

-Adiós, padre.

Bridges sale de su casa hacia los establos, coloca la silla a su fox trotter blanco, lo destraba, lo monta, y toma el camino de todos los días hacia su trabajo: la modesta oficina del Sheriff. Ya muy cerca del pueblo, se va cruzando con los primeros ciudadanos que saludan respetuosos a la autoridad, mientras compadecen con la mirada al hombre.

Castle Rock es uno de tantos villorrios salvados de la desaparición al grito de "¡He encontrado oro!". Después de aquello, como en tantos otros lugares, lo que era poco más que una calle polvorienta de edificios decrepitos se convirtió en una urbe bullente de vida, poblada por ilusos venidos del este en busca del brillante metal, mujeres dispuestas a saciar las ansias más básicas de los recién llegados a cambio de unos cuantos dólares, pistoleros, jugadores de ventaja, prestamistas, tasadores, banqueros, y toda suerte de chacales de mayor o menor pelaje. Y mezclada con toda esta fauna, unas cuantas gotas de sangre pionera dispuesta a derramarse en esta tierra hostil.

La circulación por la calle principal se hace lenta y pesada a estas horas de la mañana: los borrachos, sorprendidos por el día en algún rincón con olor a alcohol, orines y vómito, buscan tambaleantes el camino a sus hogares o sus trabajos bajo las miradas de rectos ciudadanos que ya llevan varias horas de labor; las chicas del Saloon Novar que disfrutan de un rato libre cambian gestos hostiles con las virtuosas amas de casa que hacen sus compras en las diferentes tiendas de la zona; carros, caballos y carretas trazan su senda diaria; y frente a un alto y oscuro edificio, una hilera de forasteros y hombres derrotados espera una oportunidad en las oficinas de contratación de Abe Raddock.

-¡Abran paso a la autoridad, abran paso a la autoridad! -De una esquina surge una suerte de espantajo calvo y harapiento que se coloca delante del caballo de Bridges y hace exagerados aspavientos para que la gente se aparte.

-Rudolf, quitate de ahí, anda, que ya casi he llegado a la oficina.

-Sheriff, una persona tan notoria como usted no puede esperar a que la gente termine de pasar -dice Rudolf girándose y dedicándole a Bridges la sonrisa de no más de seis dientes que se esconde entre su enmarañada barba.

-Rudolf, hazme el favor.

-¡Apártense, apártense! -sigue el anciano que parece no haber escuchado lo que le han dicho.

Un momento de bochorno después, Bridges llega a su oficina, desmonta, ata su caballo al poste que hay frente al edificio, y lanza una patada floja al lugar en el que un instante antes estaba el ágil anciano.

-¡Déjame en paz, Rudolf!

-Sheriff... -Rudolf junta las manos en gesto de súplica, lo suficiente para que Bridges saque una moneda del bolsillo y se la arroje-. ¡Gracias, gracias! ¡Larga vida al sheriff de Castle Rock! -se marcha el anciano riendo y gritando de alegría por el dinero.

-Rudolf, es la última vez que te doy dinero para alcohol -dice Bridges al aire.

El Sheriff entra en su oficina justo el tiempo necesario para comprobar que está tan solitaria y descuidada como la dejó ayer. Después sale, vuelve a cerrar la puerta, se acerca a las caballerizas de Shorty Lennox para dejar su montura, y se encamina al verdadero centro neurálgico de Castle Rock: el

saloon de Babe Novar, única persona que realmente ha llegado a prosperar bajo la sombra del todopoderoso señor Raddock.

El lugar es un amplio caserón de tres plantas, todo de madera pintada de reluciente blanco y con un porche alto y balaustrado desde el que las chicas exhiben a los viandantes una parte de los encantos que ven luz en el interior. Al ser aún temprano el Saloon Novar no está demasiado vivo, pero entre los incondicionales y las chicas, que se enteran de cosas que sólo se cuentan en ciertos lugares, sigue siendo el mejor sitio donde ponerse al día de lo que pasa y ha pasado en la ciudad mientras los buenos ciudadanos dormían.

Bridges empuja las portezuelas, que más que cerrar dan la bienvenida al local, y entra. La espaciosa estancia, situada bajo un alto techo sostenido aquí y allá por sólidas columnas de madera, está repleta de mesas y sillas que apenas ceden un claro frente al vacío escenario colocado a la derecha. Al fondo hay una larga barra, rematada a los lados por dos escaleras que durante la noche no paran de ver subir y bajar parejas. Apenas se ven chicas entre los clientes adormecidos, y la única pincelada de color es la repetitiva tonada que Carl ejecuta sobre las teclas de la pianola.

-¡Qué bueno verlo por aquí, Sheriff! -Bridges se siente tomado por el brazo, y al mirar se topa con las atezadas y finas facciones de la mismísima Babe Novar, entallada en un vistoso traje color crema, generosamente escotada y con la rizada cabellera flotando libre sobre sus hombros.

-Buenos días, Babe -consigue decir Bridges tras la primera impresión.

-Buenos días, Sheriff. ¿Defendiendo la ley y el orden de mi local? -muestra Novar su prístina dentadura.

-Creo que para eso no te hago falta yo, Babe -sonríe.

-Puede ser -le quita una inexistente mota de polvo a la placa de Bridges.

-¿Ninguna novedad?

-Ninguna, Sheriff, todo suave como la seda. Y usted... cómo lo lleva -suelta Novar con suavidad.

-Bien, bien. -Bridges baja la mirada y se toca la alianza que aún lleva puesta.

-¿Y Bobbi? ¿Cómo está el chico? Es un crío tan simpático...

-Sí, es un chico maravilloso -continúa Bridges con la mirada baja-. Todo un hombre. Creo que incluso lo está llevando mejor que yo. Pero olvidémonos de eso -vuelve a mirar a Babe-. Entonces todo bien, ¿no?

-Eso le he dicho.

-Estupendo, estupendo. ¿Quiénes son esos que hay allí? -dice mirando a una mesa alrededor de la cual se sientan seis forasteros malencarados.

-Más tipos que ha contratado Raddock -frunce el ceño la cabaretista.

-¿Más? ¿Acaso quiere formar un ejército?

-Eso parece... Bueno, Sheriff, le dejo. Denver -alza Novar la voz al tipo repeinado que limpia un vaso tras la barra.

-¿Sí, señora Novar?

-Sirvele una copa al Sheriff.

-Una soda, Denver -matiza Bridges.

-Usted siempre tan... "usted", Sheriff -se ríe Babe Novar.

El lugar permanece tranquilo mientras apura su soda. Los seis tipos de la esquina, aunque nuevos, parece que ya han sido aleccionados sobre qué pueden hacer y qué no mientras estén en el pueblo; una buena noticia. Llegan unos cuantos forasteros más: viajeros algunos, otros buscadores de oro que terminarán picando en roca propiedad de Abe Raddock por un sueldo que nunca les dará para salir de la mina. Algunas chicas empiezan a lucir sus encantos entre las mesas, mientras un camarero más se coloca tras la barra ante la creciente afluencia.

Bridges sale del local. Fuera, la vida de Castle Rock sigue su inexorable

curso bajo un sol que ya arrima a los viandantes hacia el lado sombreado de la calle. Mineros, vendedores, empleados de banca, recaderos, señoras respetables, oscuros negociantes, forasteros con la ilusión aún a cuestas... El pulso de la ciudad se anima y el ruido de la vida urbana llena el mediodía de múltiples notas. Llegando desde el norte una singular pareja se distingue entre los viandantes: un tipo alto y delgado, embozado por una barba larga y castaña y con un par de ojos vivarachos asomando tras la melena que a veces le cubre el rostro; junto a él un individuo más bajo y pesado, moreno, cubierto por una espesa barba que casi le llega hasta los ojos y con un penacho hirsuto coronándole el cráneo.

-Buenos días, Sheriff -saludan al llegar junto a Bridges, deteniéndose.

-August, Claude. ¿Cómo es que habéis bajado de vuestra colina?

-Venimos a hacer una visita. ¿Verdad, Claude? -dice el más alto.

-Cierto es, socio -asiente su compañero.

-¿Sabe si Babe está en el saloon, o quizá en la planta alta?

-Hace un momento, cuando salí, estaba en el saloon.

-Gracias, Sheriff. ¿Claude?

-Ve tú, August, que yo te esperaré aquí con el Sheriff.

-¿Claude? Muy bien -se vuelve el más alto con exagerados gestos de indignación y entra en el local.

-¿Habéis encontrado algo por fin? -pregunta Bridges una vez a solas con Cainvile.

-Estamos en ello, Sheriff, estamos en ello -la sonrisa le brilla al buscador.

La mirada del Sheriff es atraída por un par de figuras que recorren la calle a paso lento. Uno, montado sobre un tordo de poderosas patas, es un tipo de estatura media, piernas delgadas, cubierto por un poncho oscuro y un sombrero mejicano que apenas dejan ver nada más de él. El otro, más alto y de constitución más recia, monta un mustang blanco de alta cruz, con media cabeza y el rabo negros. Lleva una camisa azul y un pantalón castaño de factura muy tosca, y sobre la testa un sombrero de alas dobladas que deja ver un rostro pálido y casi lampiño. Conforme pasan, la mirada de éste último se cruza con la de Bridges durante un segundo que se alarga hasta que unos gritos procedentes del local de Babe Novar llaman la atención de todos.

-¡Sal de mi local, sucio piojoso!

Una botella sale volando del interior del Saloon Novar; después es August Luzar el que sale corriendo cubriéndose la cabeza con un brazo. La gente de la calle apenas se sorprende por el alboroto frente al local de dudosa reputación.

-¡Vámonos, Claude! Ya más tarde volveremos -dice al pasar junto a su amigo.

-Ya nos veremos, Sheriff -concluye Cainvile al tiempo que se apresura tras su socio.

-¡No quiero que vuelvas a poner un pie en mi local en todo lo que te queda de tu miserable vida! -aparece Babe gritando desde la puerta del local.

-Piensa en eso, cariño -contesta Luzar desde la lejanía.

Después del incidente, cuando vuelve a mirar hacia donde antes estaban los dos individuos que habían captado su atención, Bridges no consigue distinguirlos entre el vivo tránsito de la calle principal. "... no le quitaré el ojo de encima, socio" -se recuerda a sí mismo. Y acto seguido pospone el asunto para realizar su rutinaria ronda por los pequeños comercios y el resto de Castle Rock. Además, recuerda, también tiene que ir a la escuela de Bobbi para hablar con la señorita Ferguson.